

## SANEDRÍN CELESTIAL PARA DELIBES

Ricardo Hernández Diosdado  
Licenciado en Filosofía y Letras

En un lugar indeterminado del más allá.

Doce de marzo del 2010 (fecha terrenal).

Así que no era más que eso, tan sencillo. Yo había imaginado algo complicado y apunté en mis escritos cómo suponía que era, o no se me alcanzaba, la complejidad del tránsito. Siempre me preocupó la muerte y su parafernalia, pero nunca supuse que el desprendimiento fuera algo así como dejarse ir. Y la muerte en sí, al menos la mía, tan suave y casi dulce. Permanecí como en un sopor desde la noche anterior a la madrugada de mi deceso, hace escasas horas creo, y por allí andaban mis hijos, excepto José que se encontraba en Panamá, y casi todos mis dieciocho nietos. Pero yo estaba como ausente en mi agonía, y, siendo las siete y pico de la mañana – ahora lo sé-, sentí, dentro de mi evanescencia, como un ahogo intenso, como un fuerte dolor en el pecho, que pronto se atenuó. Algo se rompió en mi interior como si fuera una astilla, o tal me pareció, y la vida del cuerpo se fue extinguendo; y, si me quedaba alguna luz interior, marchó con ella. Pasaron escasos segundos en mi sensación temporal y pronto volvió poco a poco una luz como la que vemos a lo lejos cuando entramos en un túnel y aceleramos –sobre todo yo que siempre fui un tanto loco para conducir- para alcanzarla pronto y dejar la oscuridad cuanto antes.

La luz se iba haciendo cada vez más intensa y diferente. A pesar de mi profesión de escritor y de haber descrito tantos fenómenos y situaciones, soy incapaz de definir con exactitud cómo era o a qué se parecía: era distinta, sólo puedo decir eso; a nada se asemejaba que hubiera contemplado antes. Me envolvió, envolvió mi ser etéreo que flotaba separado de la tierra; carecía de cuerpo, era sólo espíritu sin materia, sin apego al suelo terrenal, desplazándome por un camino o una vereda recta sin aristas ni cunetas, sin contornos: únicamente una línea que se perdía en un horizonte aún más luminoso y que venía hacia mí, o de eso tuve la impresión, y no yo hacia ella.

Cuando llegué aquí donde estoy ahora, que no sé bien qué es, tropecé con un muro; no es que chocara, sino que apareció de improviso, y, sin voluntad por mi parte, me detuve. Alguien abrió un portón iridiscente y penetré en un espacio abierto sin límites, sin accidentes, salvo un enorme templete que amparaba algo así como los estrados semicirculares de un

teatro. Éste en cuyo centro me encuentro ahora esperando. Esperando no sé qué ni a quién, con una sensación de irrealidad, de intemporalidad, que no sabría concretar ni definir.

Sin lapso, se pasa del silencio absoluto a un guirigay ascendente, y también de repente los estrados vacíos de aquel tablado o teatro semicircular se pueblan de figuras sin cara y sin cuerpo, como seres inanimados y difusos, como trazos o pinceladas burdas en un lienzo, pero que emiten sonidos indefinidos hablando unos con otros en una jerga indistinguible.

Miguel Delibes, su alma, también indefinida pero no tan difusa, más concreta en su inmaterialidad, en su pura espiritualidad, queda solo en el centro del medio círculo, encarado a las gradas, desconcertado, intentando discernir algo medianamente identificable entre aquella masa amorfa y vociferante.

Enseguida, se le acerca otro ser puro e inmaterial, al que sí puede ver con los ojos del espíritu, a la manera celeste tan diferente de la terrenal a que estaba acostumbrado, pero a la que no tardará en habituarse. El recién llegado a modo de saludo se presenta:

—Soy Leo Delibes, el músico, tu antepasado. Y estoy aquí para ponerte en antecedentes de qué es esto y de lo que ahora va a pasar. Imagino tu desconcierto inicial, que pronto superarás. Voy a ser tu orientador, tu guía y tu consejero en esta especie de sanedrín que va a examinar tu vida y tus méritos o deméritos para ver si eres digno de ir a la zona luminosa o descender a las sombras eternas.

—¿Un sanedrín judío? —pregunta Miguel.

—No judío propiamente, semejante a él.

—Aquellos tribunales o consejos estaban constituidos únicamente por ancianos.

—Más ancianos que los muertos, aunque algunos murieran antes de serlo, no creo que existan —se sonrió de su humorada—. En todo caso no es propiamente un tribunal como se concibe en la tierra. Sí habrá un presidente: Jesús. Pero en el resto de la composición no hay una formalidad judicial. No existen defensores —yo de hecho no lo soy, sólo tu ayudante— ni acusadores. Todos los presentes —señala con el dedo a las masas amorfas—, que se irán aclarando conforme hablen, pueden serlo, y te interpelarán o hablarán de tu vida, identificándose antes, bien en tu favor o en tu contra, y hasta puede haber debate entre ellos.

—¿Y Dios?

—No asiste, porque en su omnisciencia y omnipresencia todo lo ve, lo oye y lo sabe, y de conformidad juzga y al fin decide. Pero le representa su Hijo, que al fin es de su misma sustancia, una y trina. El tercer elemento, el Espíritu Santo, lo informa todo, presente e invisible, sin que tú lo puedas ver.

—¿Nada más que eso?

—Nada más. No hay secretarios ni se toma nota de nada. Somos seres inmateriales que no precisan la escritura para tener presente en nuestra memoria espiritual, infinita en tiempo y espacio, todo lo que aquí se diga.

—¿Y se decidirá aquí y ahora si voy al Cielo, al Purgatorio, o al Infierno?

—Te aclararé, Miguel. De entrada, no hay Purgatorio. No existe. Tal como predicán los protestantes y como bien defendía tu personaje Cipriano Salcedo en *El Hereje*, Jesús murió por la redención de nuestros pecados y, si somos perdonados, lo somos por completo. Y, si no, viene la condenación eterna.

—¿Al Infierno?

—Bueno, nosotros le damos otro nombre: la zona oscura. Algunos lo llaman familiarmente el piso de abajo, aunque impropriamente, porque no existe el espacio como no existe el tiempo aquí. Es un lugar indeterminado donde no hay luz de Dios, que es la que impregna la zona luminosa, o por otro nombre vulgar el Paraíso. Las palabras Cielo e Infierno no se utilizan.

—Así pues los protestantes tienen razón en lo del Purgatorio.

—Sí. Pero ése es sólo un detalle. También defienden que únicamente la fe basta y no se precisan las obras para salvarse. Eso no es así. Ni tan siquiera la fe es imprescindible. Muchos son los que van a la zona luminosa que no la han tenido.

—¿Cómo es eso?

—Verás; cualquier religión sirve y también pueden pasar los ateos y agnósticos siempre que hayan adecuado su vida a la moral natural y social y no la hayan transgredido grave y alevosamente, con reiteración y sin arrepentirse. Son muchos los que se salvan y pocos los que van a la zona oscura.

—¿Quiénes son estos?

—¿Hablas de números, de proporciones?

—Más o menos.

—Pues te diré que los que más se condenan suelen ser los políticos deshonestos, los dirigentes promovedores de guerras o genocidios, los traidores y mentirosos a su pueblo, los corruptos por el mal en sí y el mal ejemplo. Luego, muchos banqueros y financieros, en especial especuladores que se han aprovechado de su posición privilegiada para sumir en la miseria a otros; los terroristas, los traficantes de drogas, los asesinos, los estupradores y los corruptores de la infancia o la juventud, en especial los eclesiásticos...

—¿Y los periodistas y escritores? Lo digo por lo que a mí se refiere.

—También los hay, pero son los menos; siempre que con su información sesgada los periodistas no hayan originado grandes males. Y en cuanto a los escritores, en general pasan porque la libertad de expresión aquí es bien vista y admitida. Lo que se dice sólo hace daño, salvo contadas excepciones, cuando el que lee lo interpreta a su manera y lo traduce en acciones torticeras o abyectas.

—¿Y el sexo? ¿Cómo se contemplan los actos sexuales?

—Si no van acompañados de violencia o de daño, con menos rigurosidad de la que tal vez imaginas. Mucho menos desde luego de lo que os hicieron creer, en tu juventud, y aun madurez, en tu país los que se denominaban nacional católicos, aquellos integristas fanáticos del sexo, de los que algunos están ahora en el lado oscuro por su rigurosidad, su intransigencia y las injusticias que cometieron y que tanto daño hicieron castrando psicológicamente a la juventud. Y también los inquisidores de cualquier país y tiempo, que hicieron de la religión y su pretendida ortodoxia, variable según las épocas y lugares, el instrumento de tortura y ejecución, salvaje en ocasiones, de aquellos a los que consideraban herejes o a los que querían eliminar. Varios declarados santos por las Iglesias, están en el lado oscuro. Tú retrataste bien el asunto en tu novela. Con ella rompiste una lanza e hiciste denuncia de la incomprensión, la intolerancia y los desmanes. Es un mérito a tener en cuenta.

—Oye, Leo, una curiosidad ¿Qué se hace allá en la zona luminosa? En la tierra se tiene la impresión por algunos de que el Cielo es un sitio aburrido.

—Nada de eso, Miguel. Aparte de que la luz de Dios que nos rodea proporciona la tranquilidad y el sosiego precisos para alcanzar la plena felicidad, también nos entretenemos con diversiones semejantes a las que hay en la tierra.

—¿Cómo es eso?

—Pues muy sencillo. Igual que los vivos, participamos del interés que ya tuvimos por diferentes campos de la cultura y las artes. Es cierto que nuestros despojos mortales quedaron allá, pero con los ojos del alma vemos y con el espíritu sentimos la belleza de las manifestaciones artísticas que siguen existiendo en la zona terrestre. No precisamos trasladarnos. Observa un hecho, Miguel, un cuadro, una música, una obra literaria tienen un sustrato material: el soporte de madera o de lo que sea, la partitura, el libro o el papel, pero la belleza es algo inmaterial, pura esencia; y esa es la que nos llega sin que sea preciso estar ante la pintura, ver la partitura o tener en las manos el libro. Ya sabes que aquí no se escribe nada. No es preciso. Lo lamento por ti que has sido novelista y por mí que fui músico. Tampoco hay partituras. Pero gozamos de todas las actividades artísticas. Y para que veas que las incursiones en el campo sexual – literarias desde luego, porque como puro espíritu aquí no se practican- al igual que otras manifestaciones terrenales, que a lo mejor piensas erróneamente que están desterradas, son corrientes, te voy a hacer que escuches un soneto que ha compuesto alguien que aún no ha llegado a nosotros. También estamos al tanto de las novedades que producen los que todavía viven. Curiosamente hace referencia al Cielo – a los cielos- y al Infierno- a lo infernal- en dos versos. Tal vez por eso ha llamado la atención. Escucha:

En la noche preñada de desvelos  
me bebí con mil besos tu hermosura,  
hallando entre tus pechos la hendidura  
en donde se calmaron mis anhelos.

Abriéronse de par en par los cielos  
al sentir de tu vientre la lisura,  
y, entre tus muslos, del goce la dulzura  
de derramarme y así fundir tus celos

Jirones de alba perforando el cristal,  
hicieron bailar el sol sobre tu sexo  
reverberante cual lúcido fanal.

En tanto que otra vez la noche llega,  
oigo sin tregua un cántico infernal:  
no hay principio ni fin para la entrega.

Miguel se queda extrañado de tanta tolerancia, algo que no esperaba. Piensa en que allí hay libertad de expresión. No hay censura, él que tantos problemas tuvo en la tierra para escribir, sobre todo en la prensa, con la de su país. Pero le preocupa más ahora la inmediatez de lo que va a ocurrir y pregunta:

—¿Cómo va a ser el acto de mi examen, o como quiera que se llame esto, Leo?

—Nada complicado. En cuanto Jesús lo abra, los que te han conocido o han tenido relación contigo y fallecieron antes que tú, pueden, si lo desean, intervenir tras presentarse. Lo normal es respetar un poco la cronología de tu vida, pero no es imprescindible. Puedes oponerte a sus afirmaciones o apoyarlas, según estimes o según pienses que te favorecen o te perjudican. Hecho el repaso de tu vida y tus obras, vendrá el fallo de Dios e irás a una zona o a otra. Espero y confío que te quedes con nosotros. Lo tengo por casi seguro.

—Y dime, ¿cuándo te refieres a mis obras, hablas de mis escritos?

—También. No sólo las obras personales. Se examinará lo que escribiste en tus libros en especial y al ejemplo bueno o malo que diste con ellos. Y también su calidad literaria, aunque esa no tenga peso decisivo al final. Y asimismo tú denuncia, en periódicos y libros, de las injusticias o los males de tu país y en concreto de tu tierra castellana.

—¿Serán muy duros conmigo? —pregunta aún Miguel.

—No te preocupes demasiado; tú fuiste un tanto neurótico, pesimista e introvertido y por ahí tal vez te hostiguen. Pero eso no es grave. Aquí hay libertad total para atacarte y defenderte y tú también puedes hacerlo sin límites, sin censura alguna. Se te permite decir lo que quieras en tu favor.

Miguel -su espíritu- se queda más tranquilo, se relaja y espera.

Pronto, no sabe cuánto ya que allí el tiempo no se mide, advierte en lo alto del tablado la presencia de un ser pura luz, pura esencia divina, y deduce sin dudarlo que se trata de Jesús. Al instante, un halo de esa luz especial envuelve el recinto como en una niebla evanescente, semejante a una atmosfera sedosa, pero de una luminosidad que, como antes, es incapaz de describir, él que tanta maña se dio para estas cosas. Tampoco duda que es el Espíritu Santo.

La voz de Jesús, firme y cálida, abre el acto de su examen vital. Enseguida, una figura se ilumina en el estrado bajo y una voz femenina sale de ella. Dice:

—Soy María del Milagro Setián Echanove, burgalesa de ascendencia santanderina, de Laredo. Me casé a los veintinueve años, en Valladolid, con Alfonso Delibes Cortés, que tenía ya cuarenta y dos—. Al ser mencionado, la figura de éste se aclara también—. Allí vivíamos en la Acera de Recoletos 12, esquina a la calle Colmenares y frente al Campo Grande.

Habla ahora Alfonso:

—Mi nombre ya se ha dicho. Fui abogado y director de la Escuela de Comercio. Miguel fue el tercero de los ocho hijos que tuve con María del Milagro. Nació el 17 de octubre de 1920 y lo bautizamos en la parroquia de San Idelfonso con los nombres de Miguel Manuel Mariano. En la casa que ha mencionado mi esposa murió mi padre francés Frederic Delibes Roux, técnico de ferrocarriles y sobrino de Leo Delibes, quien ahora asiste a mi hijo en este acto. Fue mi padre quien se trasladó a Valladolid y allí montó una serrería, que no le fue mal. Se mudó tras nacer yo en Molledo, en Santander. Todos mis hijos nacieron en Valladolid, y antes de Miguel tuvimos a Adolfo y Concepción y después de él a José Ramón, Federico, María Luisa, Manuel y Ana María.

Interviene María del Milagro:

—Mi ascendencia, como dije, es burgalesa, santanderina y antes vasca y de simpatías carlistas. Mi padre, de nombre Miguel también, fue abogado. Yo me quedé huérfana pronto al cuidado de mi tía Rosa, también madrastra pues mi padre se casó con ella al morir mi madre, Concepción. Rosa también murió y fui a vivir a Valladolid, a la Acera de Recoletos 2, o Avenida entonces de Alfonso XIII, con la hermana de mi padre, Lucía. Habitaba pues muy cerca del que luego fue mi marido, Alfonso, que ya era abogado y catedrático en la Escuela de Comercio. Con esto creo que quedan claros los ascendientes familiares de mi hijo Miguel.

Es ahora el padre quien interviene:

—Miguel fue un chico solitario e introvertido desde pequeño. Asistió al colegio de las Monjas Carmelitas cerca de nuestra casa y del Campo Grande.

Miguel Delibes interviene en este punto. Ya sabe que está facultado para hacerlo cuando quiera.

—Y allí me enamoré, en mi corta infancia, de la hermana Luciana, que era pálida, de estatura media y con un lunar en la mejilla, la recuerdo bien.

Una figura se destaca entre las sombras y su voz se oye un poco entrecortada:

—No digas sandeces, Miguel. A tus años sería admiración, porque además yo no era una belleza, aunque sí la única joven.

—Es claro —contesta Miguel—; fue un enamoramiento infantil, pero tú fuiste, junto a mi madre y mi esposa, la otra mujer de mi vida.

—Allí en el colegio —interviene ahora la madre —hizo su primera comunión a los seis años, vestido de blanco, de marinero —ya le tiraba algo el mar—. A los diez empieza el bachillerato en el colegio de Lourdes, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas o de La Salle, también cerca de casa; aunque nos habíamos trasladado a un lugar cercano, en la calle Colmenares 10, por necesidades de espacio al ser más de familia: siete ya por entonces. Aun así, dormían cinco en una habitación.

Es Adolfo, el padre quien habla ahora:

—Aunque ya dije antes que Miguel fue algo introvertido y solitario, habré de matizar, pues también era revoltoso y a veces alegre. Todo a un tiempo; mejor dicho, sucesivamente. Según los momentos. Pasaba de un estado a otro con facilidad y sin causa aparente: se podría decir que era un neurótico precoz. Aficionado al fútbol, la natación y el ciclismo y más tarde a la caza conmigo, le gustaba pasear por el Campo Grande y hacer vida al aire libre. No fue un mal estudiante, pero tampoco una lumbrera: no pasó de discreto.

—Cierto —es ahora Miguel quien interviene—. Estudiaba lo justo, el tiempo en que no practicaba algún deporte, sobre todo el fútbol o cuando charlaba de él. Era mi obsesión. Y fue lo que atenuó mi retraimiento y me permitió integrarme con mis compañeros: jugando con ellos o discutiendo sobre los partidos de los equipos punteros. Luego, en 1989, escribí sobre el asunto en el libro *Mi Vida al Aire Libre*. También, siendo ya periodista en El Norte de Castilla, fui cronista deportivo e hice reseñas de muchos partidos durante años. Para mí el fútbol fue más una devoción que un deporte: era como Dios, que estaba en todas las partes de mí ser. —Al darse cuenta del lapsus, se avergüenza y pide disculpas al Presidente:

—Disimulad, Jesús, mi atrevimiento por la irreverente comparación.

Éste hace un signo, quitándole importancia. El acto prosigue y es otra vez la madre quien interviene:

—Yo fui una madre cariñosa, pero firme y autoritaria para poder manejar a ocho hijos. Los enviaba a jugar al Campo Grande, mientras ayudaba en las faenas caseras a las dos criadas que precisaba, aunque el sueldo de mi marido de mil pesetas mensuales no daba para lujos, quizá sólo para el veraneo. La parte en la serrería familiar que teníamos ayudaba algo.

—Allí también jugábamos a veces —anota Miguel—, aunque el tío Luis se enfadaba. Pero a mí me bastaba con poder ver al Real Valladolid cada dos semanas. A cambio de mi propina dominical y la de mis hermanos, nos hicimos socios del equipo. Mi padre, como mi madre, aquilatava los gastos y los libros de texto iban pasando de uno a otro. No se compraban nuevos. Recuerdo que pasé algún apuro y vergüenza cuando variaban algún año y yo seguía con el anterior: el de mi hermano. Sin embargo, mi padre era más pródigo en lo referente al deporte: me compró una bicicleta a los siete años, que aprendí a montar solo, bajo su vigilancia. Casi me mato en la primera experiencia porque no podía frenar, pero luego iba con ella a todas partes. Igual ocurrió con la natación. A los seis años, mi padre nos ataba una soga a la cintura y desde la orilla del río, o un malecón en el mar cuando íbamos de vacaciones, nos lanzaba al agua y nos sostenía un rato cada día. En una semana sabíamos nadar. Debía provenir de su educación francesa esa fijación por el deporte. Con él también aprendí a cazar, aunque ya antes tenía afición y predisposición para ello: primero con piedras en peleas infantiles, luego con pájaros. Maté una golondrina de un cantazo con un tirachinas y eso me produjo remordimientos de conciencia, pues recordaba que golondrinas fueron las que os quitaron las espinas en la cruz —se dirige a Jesús—. Y yo era muy religioso entonces. Tuve pesadillas, pero mi amigo Ladis elogió por un tiempo mi puntería y eso atenuó el dolor de corazón. A los once años, por Reyes, recibí una escopeta de aire comprimido y ahí sí que ya se hizo evidente mi afición. En mi veraneo en Quintanilla de Abajo, desde un balcón de la casa abatí un vencejo. Otra muerte inútil, pensé, pero mi padre elogió mi puntería, sin saber, ni yo se lo aclaré, que había disparado más de mil perdigones para lograrlo. A los catorce, me regaló mi padre una escopetilla de doce milímetros y con ella maté mi primera perdiz, varias codornices y muchas avefrías. Ya no paré de cazar y de escribir sobre ese deporte.

—Si es que matar, gratuitamente y por diversión, inocentes seres del Señor, puede denominarse deporte.— La voz ha salido de lo alto del estrado y el que ha interpelado se presenta:

—Soy Isaac Bashevis Singer, judío polaco, escritor también y premio Nobel en 1978. En mi opinión, cuando un humano mata a un animal para su alimentación está descuidando su propia hambre de justicia. Por eso yo fui vegetariano. Todavía podría comprender, no disculpar, la muerte de animales para la alimentación de los hombres, pero no la caza como deporte.

Cazar o pescar no lo es, sino una aberración. Es matar por matar, aunque luego se coma en muchas ocasiones lo cobrado o pescado. El abatir o sacar del agua seres de Dios, que vuelan, corren o nadan libremente me parece una salvajada indigna de un humano que se precie de serlo. Cuando se trata de los animales casi todo el mundo es un nazi. Ya lo dije en uno de mis libros. ¿A usted no le avergüenza Miguel Delibes, haber afirmado: “soy un cazador que escribe”? ¿Cómo puede comparar e incluso anteponer una profesión tan digna como la de escritor, y bueno como lo fue usted, a algo tan denigrante para un ser humano como el ejercicio de cazar o pescar animales para divertirse?

Contesta el aludido:

—Verá usted, querido colega, yo entiendo que la caza vive para ser matada. Pero en su tiempo y lo más deportivamente que sea posible. No en las batidas ni ojeos ni otros sistemas cinegéticos cómodos y sin desgaste energía o riesgo por parte del cazador. Con métodos y reglas: con leyes que amparen la caza y limiten el tiempo, lugar, forma y especie. Yo escribí libros, tales *La Caza de la Perdiz Roja* y *El Libro de la Caza Menor*, como orientación para aprendices o corrección para los que emplearan malas artes. Éstas las denuncié con frecuencia. Sin ir más lejos, en mi novela *Los Santos Inocentes* el señorito las utiliza con frecuencia. Es un mal cazador al que sólo le preocupa el número de piezas cobradas y no la deportividad ni la legitimidad del método. Y por ello también, y por otros comportamientos, recibe el castigo. Extremado tal vez sólo por este detalle de la caza. También he defendido a las especies en peligro y denunciado su caza, así como el hecho de esquilmar algunas zonas con cacerías indiscriminadas y fuera de control. Lo cierto es que siempre me llevé bien con los grupos ecologistas y los admiré, en especial a Greenpeace y sus valientes actuaciones en las que me hubiera gustado acompañarlos, si mis años me lo hubieran permitido cuando ellos estaban ya en su apogeo. Con mi hijo Miguel Delibes de Castro, hoy un reconocido ecologista, escribí *La Tierra Herida* en 2005, que fue mi último libro y en el que nos ocupamos de los problemas del medio ambiente y el futuro. Mi hijo recibió el premio Jaime I el Conquistador por su desvelo ambiental. Yo antes había recibido otros de tipo ecológico. Siempre se me ha considerado un escritor preocupado por la naturaleza y defensor de los males y desventuras del agro castellano en particular y del mundial también. Fui premio Vocento a los Valores Humanos en 2006 y uno de mis hijos Miguel —y Juan también— son autoridades en el campo de la ecología.

Otra figura se hace visible en uno de los estrados.

—Soy León Tolstoi, ruso y también escritor. Yo fui cazador y en 1984 me rompí un brazo cazando a caballo. Caza mayor, que Miguel no gustó de practicar. Sin embargo, con el tiempo me volví vegetariano junto a Eliseo

Reclus. Defendí esta postura en mi postrer libro: *Últimas Palabras*. Dije que alimentarse de carne era un vestigio del primitivismo más grande y que un hombre puede vivir sano sin matar animales para comer. Y que quitar la vida a un animal para satisfacer el apetito es inmoral. Tuve, pues, en épocas diferentes de mi vida las dos posturas que aquí se enfrentan. Creo que los dos tienen razón, cada uno desde su punto de vista.

Otra figura se destaca y habla:

—Soy José Ortega y Gasset, filósofo y escritor. Defendí la caza como deporte y dije que no era esencial que la pieza se lograra. Si el esfuerzo del cazador siempre tuviera éxito, no sería deportivo. Lo escribí en *La Mismisidad en la Caza*: en el ensayo que escribí sobre la actividad cinegética. Por tanto estoy de acuerdo con Miguel Delibes. Él me ha citado muchas veces y no siempre hablando de caza.

Parece que este punto ha quedado debatido con las últimas palabras de Ortega. Vuelve ahora a intervenir la madre:

—Cuando estalló la guerra civil española, Miguel no había cumplido dieciséis años. Él vivió los acontecimientos de la República y el inicio de la guerra en el último periodo de su infancia y la entrada en la adolescencia.

La releva Miguel:

—Efectivamente, con diez años fui espectador de los sucesos durante la República. En mi casa se respiraba neutralidad respecto a las ideologías de unos y otros. No hubo falangistas ni comunistas en la numerosa familia cercana. Pero sí recuerdo que mi madre era muy cristiana y muy devota. Y también las manifestaciones callejeras de todo tipo. Y luego, ya en el 36, el desfile de tropas pintorescas en la Valladolid que quedó en el bando franquista. Y, asimismo, con dolor recuerdo los ajustes de cuentas, muchas veces por motivos personales. Pero, salvo escaramuzas, nada vi en mi ciudad de la guerra en sí, exceptuando algún bombardeo aislado y la actuación de francotiradores, los pacos, pronto eliminados. También vi a Onésimo Redondo y los falangistas liberados de la cárcel de Ávila. Pero yo, que había acabado el bachillerato un año antes de lo normal, es decir con quince, no podía ir a la universidad porque había sido clausurada. Así que viví la calle, donde no había ya disturbios ni alteraciones.

Es el padre el que interviene:

—Y, ante ello, le matriculé en Peritaje Mercantil e inició la carrera de Comercio.

Sigue Miguel:

—Y también en la Escuela de Artes y Oficios, en escultura y modelado, acaso por mi buena predisposición para el dibujo. Sin embargo, esta doble tarea no terminó con mis correrías, pues algunos días hacía novillos para ir a jugar al póker con mis amigos. Era mi vicio oculto, en el que destaqué por mi habilidad y buen hacer. Pude haber sido un ludópata, pero me salvé. Jugábamos en la buhardilla de mi casa, donde mi madre, que la había habilitado para tenerme más sujeto, nunca pudo suponer que se organizaban esas timbas. No salíamos ni para orinar: lo hacíamos en la bocina de un fonógrafo destartado que luego limpiábamos o lo dejábamos orear en el tejado. Un día se lo llevó un vendaval. Anécdotas de juventud. Pero en el fondo me acechaba el temor a la movilización, aunque sólo estaba prevista a partir de los dieciocho años, por eso al llegar a los diecisiete...

Le interrumpe otra figura que se ilumina:

—Soy Luis María Ferrández, un amigo del grupo de Miguel. Yo convencí a algunos para enrolarse como voluntarios en la Marina. Me metí en el crucero Baleares y allí mi cuerpo quedó en el mar para siempre.

Sigue Miguel:

—Y a ti te dediqué mi novela *Madera de Héroe*. Tras Luis fuimos los demás. Mis padres lo aceptaron, pues en caso contrario iría a Infantería, lo que me aterrorizaba; en especial la lucha cuerpo a cuerpo. En el mar no veías al enemigo: era un mal menor. Además siempre me tiró la mar; a mí que viví tierra adentro. Así, el 8 de febrero de 1938, me alisté en el buque escuela Galatea, en El Ferrol, y el 27 de abril fui destinado al crucero Canarias con base en Palma de Mallorca. Allí estuve todo lo que quedaba de guerra y fui licenciado el 31 de octubre del 39. Acababa de cumplir los diecinueve años.

Otra figura en lo alto de los estrados toma la palabra:

—Soy Francisco Franco y fui generalísimo y caudillo de España por la gracia de Dios hasta mi muerte en 1975. Miguel y su amigo Luis fueron dos de los esforzados combatientes en la cruzada de liberación contra los enemigos de Dios y de la Patria. Luis fue un héroe caído, que entregó su vida para salvarnos de los sin Dios, los comunistas y los judeo-masónicos.

En tanto habla Franco, Miguel le pregunta a Leo:

—¿Es que ése también está aquí?

—No con la responsabilidad de tantas muertes. Está en la zona oscura.

—¿Y entonces?

–También vienen de allí para ser testigos de cargo o descargo. Se pirran por hacerlo, pues salen a la luz por el tiempo que esto dura, indeterminado según nuestra inexistente medida cronológica. Están como deslumbrados y los ojos del alma se les entrecierran mientras hablan; no sé si lo aprecias. Si puedes, con ello serás capaz de distinguir a los que vienen de la zona oscura. Éste es el primero de los que han hablado. No sé si lo harán más.

Como Franco ha terminado su panegírico sobre los dos supuestos héroes de su cruzada, toma la palabra Miguel:

–Lo cierto es que yo al menos no tenía ideología definida y no me preocupaba. La decisión de combatir en uno u otro lado, para la mayor parte la determinó la zona geográfica en que quedaron al comenzar la guerra y definirse los campos. Siempre estimé que aquella contienda fue cainita, y de mí puedo decir que, salvo el componente religioso que me hizo ver como execrables los asesinatos de curas y monjas, nada más influyó en mi ánimo. No he estado en absoluto politizado y me limité a cumplir con mi deber en el Canarias como pude y supe. Tampoco fui monárquico o republicano, y entendía que había figuras intelectuales de talla en una y otra parte. Besteiro en la otra zona.

La figura de Franco se oscurece de repente, como anatematizado en sus afirmaciones por las palabras de Miguel.

Interviene la madre:

–Terminada la guerra y en medio del hambre generalizada y las colas para todo, en especial para obtener suministros, Miguel se incorpora a la vida vallisoletana.

Es éste quien continúa:

–Mi padre tenía sesenta y cinco años y ocho hijos desocupados. Por motivos económicos, seguí con la carrera de Comercio e hice Derecho en dos años y medio siguiendo los cursos intensivos o patrióticos. Todo ello en Valladolid y con un “préstamo sobre el honor para estudiantes” de la Caja de Ahorros de Salamanca. Eran diez mil pesetas en mensualidades de trescientas y se debían reintegrar en dos o tres años cuando se empezara a trabajar. No hice el doctorado en Derecho, pero sí en Comercio. No obstante, no era yo una lumbrera en los estudios, pero, a pesar de ello, logré superar una oposición a comienzos del 42 e ingresé en el Banco Castellano de Valladolid. Sólo estuve seis meses, ya que deseaba opositar a una cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio; si era posible la que mi padre había dejado al jubilarse. Al tiempo, ingresé en el periódico de mi ciudad: El Norte de Castilla. Eso fue en 1941 y como caricaturista por mi facilidad para

el dibujo. Allí ganaba cien pesetas al mes, lo que me servía para invitar a mi reciente novia Ángeles. Para la cátedra estudié seis años a doce horas diarias, así que apenas me quedaba tiempo para salir con ella. En 1945 logré acceder a la cátedra de Legislación Mercantil Española, que había dejado mi padre, del que fui colaborador desde el 41 como ayudante interno gratuito.

Una figura se hace visible al intervenir:

—Soy Joaquín Garrigues, jurista y catedrático. Miguel siempre dijo que su afición a escribir le vino al estudiar mi curso de Derecho Mercantil.

—Así fue —dice Miguel—; por la lectura de su prosa ágil y amena, en un texto que debería por su contenido ser árido y no lo era, sino muy sugerente y fácil de asimilar, me aficioné a escribir con propiedad, concisión y claridad. Luego, conocí al maestro, con quien, por nuestra común timidez, no llegué a solidificar una profunda amistad. Así pues, y siguiendo con mi relato, a los veinticinco años ya era catedrático. Ahora tenía más tiempo a pesar de las clases y pude dedicarme a la labor periodística como redactor en *El Norte*. Lo era desde hacía un año. Me encantaba relacionarme con los más jóvenes e interesarme por sus problemas. Luego, cambié la cátedra por la de Historia. Me gustaba más y escribí dos cortos manuales, de unas doscientas páginas y mapas, muy didácticos: *Síntesis de Historia de España* y *Síntesis de Historia Universal y de la Civilización*. Pero les fue negado el permiso al segundo año de su publicación. No eran bastante triunfalistas para las exigencias de las autoridades académicas de la época. Además de mis clases y el periódico, montaba en bicicleta y salía de caza con ella. Y con ella iba a dar las clases y al periódico, donde seguía con las caricaturas de fútbol o de artistas de cine o de personajes de relieve internacional. Publiqué algunos artículos cinegéticos y más tarde reseñas de películas, no críticas: eso era demasiado para mis conocimientos cinematográficos. Pero, para pertenecer a la plantilla del periódico, tuve que hacer un curso y conseguir el carnet.

Otra figura se ilumina y habla:

—Soy Francisco de Cossio, escritor y periodista. Director del Norte de Castilla desde 1931 a 1943, fui destituido por un artículo sobre el Decreto de Constitución de las Cortes. Entonces la censura actuaba así. Conmigo fue cesado también el subdirector: el sacerdote don Martín Hernández. Al poco, dos redactores cayeron al unísono, por decisión del Delegado Nacional de Prensa Juan Aparicio, acusados de masones. Una de esas plazas vacantes ocupó Miguel en 1944.

—Fue entonces cuando hice el curso acelerado de Periodismo —dice éste—, y también los cursos monográficos de doctorado en Derecho. Todo ello al mismo tiempo y en Madrid. El curso de periodismo lo estudió al

mismo tiempo Camilo José Cela. Ese curso me habilitaba sólo como redactor de segunda, pero, tras una instancia y alegando pertenecer ya a la plantilla del Norte, conseguí el definitivo carnet de Prensa. Hice entonces críticas, si así pueden llamarse, de diferentes facetas de la cultura. Ya aludí al cine, pero también de libros, artículos, series y otros. Siempre con seudónimo. Para las caricaturas usaba MAX (Miguel-Ángeles-Incógnita, o lo que es igual, incertidumbre sobre el futuro). Siempre fui muy inestable y desesperanzado a pesar de mis esfuerzos; y también neurótico, preocupado sobre todo por la muerte, en especial de los demás, de los que me rodeaban y quería; mi padre por ejemplo, tan mayor. De niño siempre volvía a casa temiendo que me dieran la noticia de su muerte. Pero, en tanto, seguía mi noviazgo con Ángeles y, cuando ella veraneaba en Sedano, en Burgos, y yo en Molledo-Portolín, en Santander, hacía los cien kilómetros que había entre ambas en bicicleta y pasaba una semana con ella. Estaba muy enamorado y, en cuanto tuve medios para ello, nos casamos.

Otra figura toma relieve en la parte baja de los estrados:

—Soy Ángeles de Castro Ruiz, la mujer de Miguel desde el 23 de abril de 1946. Yo también estaba enamorada de él y con deseos de juntar nuestras vidas, que marcharon unidas hasta que fallecí en 1974 y lo dejé solo con nuestros siete hijos.

—Siempre fuiste, y así te llamé, “mi equilibrio” —afirma Miguel—. A tu lado pasé los años más felices de mi vida, me diste siete hijos magníficos y me interesaste por los libros. Tú habías leído mucho más que yo, que estaba casi virgen de lecturas, y fuiste mi mejor y más estimulante crítico.

—Pero nos casamos —dice ella —sin ceremonial de lujo, casi en la intimidad. Yo sin traje blanco y tú sin estrenar camisa, en el colegio de Lourdes donde habías estudiado. Después, con nuestros pequeños ahorros tomamos un taxi con gasógeno y fuimos a casa de tus padres en Molledo-Portolín. Nos llevamos las bicicletas. Luego siguió nuestro viaje por Mallorca y después la vida en común, primero en casa de mi tía Elisa, en la calle Fray Luis de León, y, más tarde, nuestro traslado a la vivienda del Paseo de Filipinas 11, también frente al Campo Grande. Hasta que me vine aquí. ¡Qué tiempos! Confío en que ahora podamos estar de nuevo juntos.

—Así lo espero yo también, Ángeles.

Una nueva figura se ilumina en lo alto:

—Soy Joan Teixidor, escritor y uno de los fundadores del premio Nadal como homenaje al escritor leridano Eugenio Nadal. Pertenecía a la editorial Destino. A ese premio se presentó Miguel Delibes, en 1947, con su primera novela *La Sombra del Ciprés es Alargada*. Era la cuarta convocatoria desde

que en el 44 lo ganara Carmen Laforet con *Nada*. La dotación alcanzaba las quince mil pesetas de entonces, que no le venían mal a nadie y a Miguel le resolvieron algunos problemas económicos. Su novela fue la última que se recibió cuando ya estaban leídas casi todas las demás. A mí me gustó y la recomendé al resto del jurado. En la quinta votación y por tres votos a dos ganó Miguel y quedó segundo Miguel Pombo Angulo con *Hospital General*.

La figura de éste se llena de luz y se le oye decir:

—La mía era mejor y así opinaron algunos críticos como José Ombuena, que tituló su artículo: “un segundo que es primero”, refiriéndose a mi obra. La de Miguel, sin ser mala, era el producto de un inexperto en el arte de novelar y tenía muchos defectos, que incluso él ha admitido, de fondo y de forma. No es creíble que un niño de diez años tuviera esos pensamientos tan profundos y se expresara con tanta propiedad y tanta hondura filosófica, y no vale que dijera el autor que lo escribía el chico en primera persona cuando ya era mayor, ni que fueran sus propias elucubraciones a esa edad. Eso no cuela. Y en cuanto al estilo, es ampuloso, exagerado y excesivamente florido, propio de un principiante; algunas descripciones son muy rebuscadas y otras no tienen propiedad ni consistencia. Hay demasiadas metáforas y comparaciones cogidas por los pelos, poco convincentes y poco comprensibles a veces. Quería engalanar el lenguaje y lo adulteró. Después corrigió esos defectos y se hizo sintético, conceptista; en esa novela quiere ser culterano. Peca de adjetivación impropia y reiterada e incurre en el laísmo una y otra vez. Ese defecto, aunque él dijera en una ocasión que la Academia lo permitía, suena mal a los oídos y tampoco es así el habla general de su ciudad, como lo pueda ser en Madrid en los barrios populares. Es válido si lo pone en diálogos de algunos personajes, pero no cuando es el propio autor o narrador quien se expresa. Pidió que se lo corrigieran en la edición de sus Obras Completas, así que era consciente de tal defecto.

Otra voz se alza en el estrado al tiempo que se llena de luz:

—Soy Pio Baroja, escritor que conoció a Miguel cuando yo andaba ya por la senectud y él acababa de ganar el Nadal. Nos vimos y fui de los que le animaron y escribí defendiendo la novela. A mí me gustó y también a otros.

—Será —interviene Pombo— porque usted también era un cultivador profuso del laísmo.

—Será por eso —contesta Pio —y por otros méritos que también advirtieron algunos como los Cossío, Celaya, Haro y muchos otros.

Interviene Miguel:

—Acepto las críticas de Pombo y las comparto, y agradezco los elogios de Baroja. Yo fui consciente de mis defectos y algunos los admití y otros los disculpé, en parte alegando que era un novel. Pero lo cierto es que tenía claro que, si no quedaba entre los tres primeros, no iba a escribir más.

Nueva figura se hace visible y otra voz se escucha:

—Soy Josep Vergés Montes, propietario, junto a Joan Teixidor, y editor de Destino, en cuya colección *Áncora* y *Delfín* publicó Miguel Delibes prácticamente toda su obra. Sólo un par o tres de títulos los llevo a otras...

—Sí, a Planeta —sigue Miguel—, por presiones de Lara, pero sobre todo porque estaba cansado de las innumerables erratas de Destino, que no se eliminaban ni tras la corrección de las galeras, le di *Los Santos Inocentes*, pero luego seguí ya, por inercia, por la amistad con Vergés y por razones sentimentales, con Destino, donde también colaboré con escritos en la revista del mismo nombre.

La figura del antes aludido Lara se ilumina y habla:

—Soy José Manuel Lara Hernández, sevillano y fundador en Barcelona de la editorial Planeta. Como no lograba convencer a Delibes para publicar con nosotros, finalmente compré la editorial Destino para conseguirlo.

—Pero lo que no consiguió —asegura Miguel— es que me presentara a su premio.

—Sí —interrumpe Lara—, a pesar de mi interés en ello. De aquí nació un equívoco que tuvo cierta repercusión.

—Cierto —interviene Delibes—, porque dije a un periodista que Lara me había ofrecido el premio, y él matizó que sólo me había sugerido presentarme con seudónimo por si no ganaba, pues el jurado era libre de decidir. Yo entonces era ya famoso. Lo cierto es que me prometió ganar y, aunque me venía bien el sustancioso dinero con que estaba dotado, siempre pensé que esos premios, como me ocurrió a mí con el Nadal, deberían ser sobre todo para noveles, o en todo caso que compitieran los consagrados con los principiantes en igualdad de oportunidades. A partir de un cierto momento, no hubo año en que el premio no lo ganara un escritor prestigiado o que ya hubiera publicado otras novelas, sobre todo en las editoriales del grupo Planeta. Sólo el finalista era alguien más o menos desconocido en el mundo de las letras. Éste es un hecho cierto e innegable.

Una voz engolada y un poco pretenciosa se escucha, saliendo de otra figura iluminada:

—Soy Camilo José Cela, escritor y Nobel en el 89. Gané el Planeta en el 94 con mi novela *La Cruz de San Andrés* y a mí nadie me aseguró el triunfo, aunque lo cierto es que ya era premio Nobel desde cinco años antes.

—Y que va a decir un galardonado —afirma Delibes.

—Pues la verdad —responde Cela—. Delibes y yo tuvimos cierta relación en nuestra vida, aunque no amistad. Coincidimos en sitios como la Real Academia de la Lengua.

Interviene Vergés:

—Y en varias ocasiones quedó Miguel por delante cuando se hacían encuestas sobre los escritores españoles mas leídos del momento. Él era el primero de la lista, después venía Cela, más tarde Cervantes y luego Gabriel García Márquez.

La figura de Cervantes se destaca y dice:

—Pues ya es mérito que después de casi cinco siglos fuera el tercero de la lista. En mi tiempo no había esas encuestas. De haberlas habido, seguramente me habría superado Lope, que era muy popular, aunque luego mi fama se extendiera en todo el mundo por delante de la suya.

Dice Cela:

—Claro, era usted mejor escritor, no de teatro pero sí de novela, y su Quijote llegó a ser el libro más editado del mundo y traducido a más idiomas, tras La Biblia. Como fui yo superior a su tocayo Miguel Delibes, aunque me leyeran menos. Mis obras eran más selectas y mejor escritas. Las de él más populares y con personajes entresacados del pueblo llano y en muchas ocasiones tomados de la realidad o en parte autobiográficos.

—Eso es cierto —afirma Delibes—; siempre me inspiré en personajes que conocí y dije que toda buena novela precisaba un hombre, un paisaje y una pasión. La pasión se desarrollaba alrededor del personaje o personajes enmarcados en un paisaje, que en mi caso, y salvo excepciones, ha sido el de Castilla, el de mi tierra vallisoletana o del resto de la región, con alguna excepción como *Los Santos Inocentes*, por un motivo en este caso: las desigualdades sociales tan acentuadas se daban más en los latifundios extremeños que en los minifundios castellano leoneses. Valladolid ha sido una constante en mi vida; nunca, a pesar de las tentaciones de algunos para que me fuera a Madrid, dejé de habitar mi ciudad, y Castilla —su depresión y su miseria— fue mi fijación constante en el periódico; y, cuando la censura no me dejaba, en mis libros, en los que aquella era más laxa. Cuanto no me dejaron decir en la prensa, lo escribí en las novelas, y denuncié los males,

las injusticias y la miseria de la Castilla profunda y olvidada. Por eso quizá mis libros se leían más, si bien Cela también se valió de personajes populares en algunas de sus obras, aunque como es lógico hubiera más gallegos. En cuanto a si sus novelas fueron mejores o peores, en eso no me meto.

—Pues lo fueron —apunta el aludido—. De las de Delibes sólo salvo *Los Santos Inocentes* y *El Hereje*. Las demás no pasan de corrientes. Ya tendré ocasión de criticarlas cuando salgan a colación.

Anota Vergés:

—La segunda que publicó, la que menos le gusta, acaso, a Miguel, lo fue en 1949: *Aún es de Día*. Tuvo muchos problemas de censura y no quiso incluirla en sus *Obras Completas* porque no le gustaba esa novela, pero le convencieron. Al año siguiente, vino otro gran éxito suyo: *El Camino*. En tanto, seguía alternando la labor literaria y periodística.

Nueva figura que se ilumina y otra voz que se escucha:

—Soy Santiago Alba Bonifaz, político y periodista. Compré El Norte de Castilla en 1893 con Cesar Silio. Él fue el director y yo el gerente. Delibes ingresó en la plantilla de redacción, como ya ha dicho, y yo le protegí de la censura hasta donde pude, pero fallecí en 1949.

Interviene Miguel:

—En el 53 fui nombrado subdirector con amplia atribución. En el 58 llegué a director interino y dos después a director de pleno derecho. Ya antes de esto había decidido recuperar la línea ideológico liberal e incorporé a firmas como Martín Descalzo, Francisco Umbral, Leguineche, Alonso de los Ríos y varios más. Todos jóvenes, inquietos y de amplias miras. Buscábamos libertad y no siempre la tuvimos. La censura era a veces férrea, otras más tolerante. Dependía de las personas y las circunstancias políticas de cada momento. Era una incógnita con la que había que luchar y, a la que si se podía, había que burlar. Varié la estructura del periódico y sus secciones. Yo seguía escribiendo, además de editoriales, sobre algunas de las facetas que había cultivado anteriormente, pero eso fue sólo por un tiempo. Me preocupaba mucho la línea regionalista: defender a la ciudad, a la provincia, a la región de todas las injusticias, desajustes y miserias. No siempre lo conseguí, aunque logré lanzar un suplemento semanal agrícola, en que se organizaron campañas de todo tipo: artísticas, educativas, acerca del precio fijado del trigo y muchas otras. Los problemas con la censura fueron interminables por lo que se refiere al agro y su defensa y también por asuntos de política nacional o internacional que rozaran lo interior. Con Juan Aparicio, Director General de Prensa, que además era consejero del periódico, tuve muchas diferencias y discusiones. Pero más tarde fue

nombrado para el cargo Adolfo Muñoz Alonso, un vallisoletano de Peñafiel y un gran intelectual. Mas las cosas no cambiaron y él mantuvo congelado mi nombramiento de director efectivo. El fallo de los premios periodísticos Mariano de Cavia y Luca de Tena, de ABC, fueron otra china en el zapato. Acepté ser jurado, pero no asistí a la primera sesión, que era para cambiar impresiones. El fallo se anunciaba para el 19 de marzo del 60 y el 10 yo me entero por la radio que ha ganado Gonzalo Fernández de la Mora. Envié enfadado una carta a ABC, que no se publicó, como tampoco una nota a la agencia EFE. Entonces la inserté en El Norte el 20 de marzo y le pregunté a Muñoz Alonso acerca del derecho de rectificación. Me contestó que estaba regulado en el BOE y se extrañó que lo desconociera. El enfrentamiento prosiguió y no admití ese año alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo para hacer prácticas. Se acentuó la presión sobre mí, incluso a través del presidente del Consejo del periódico, que era mi primo carnal César Alba Delibes. Todo esto me produjo una gran depresión y me refugié en Sedano. Entonces nació mi sexto hijo Adolfo y me dediqué a la pesca. Al fin me ofrecieron el puesto de director y abandonaron la idea de nombrar a Ángel de Pablos, que era de su cuerda. Pero debía firmar un compromiso de velar por los Principios del Movimiento Nacional y Leyes Fundamentales. Me asesoré y llegué al convencimiento de que era la norma general para todos los directores de periódicos. Lo hice y fui nombrado el 30 de noviembre del 60. Entonces regresé. Estuve en el cargo hasta el 66, aunque en el 63 me aparté por voluntad propia de la dirección y se puso a un interino. Yo, además, era delegado del Consejo de Redacción y desde ahí ejercía atribuciones de orientación. Durante mi época de director, tuve problemas con el tándem Arias Salgado-Muñoz Alonso y con sus sucesores Fraga Iribarne-Jiménez Quílez. Y además conseguí editar un suplemento semanal de diez páginas: El Caballo de Troya. Un reto a la censura; los originales a causa de mis actuaciones anteriores debían ser presentados previamente a la Delegación Provincial para su control. Fue cuando incorporé a esa plantilla a los jóvenes a los que antes me referí, que hicieron malabarismos para poder escribir, no siempre, lo que deseaban y querían: las críticas de toda índole. Lograron bastante independencia, no por completo desde luego. Umbral siempre ha dicho que fui su maestro; pero todos aprendimos de todos.

La voz pastosa, que parece escucharse a sí mismo, de un Umbral iluminado se oye en lo alto:

—Soy Francisco Umbral y sí me considero deudor periodístico y literario de Miguel Delibes. Él apoyó mis primeros pasos y fue mi amigo siempre. Le debo mucho y quiero testimoniarlo aquí en este acto.

—Gracias Paco —dice Delibes —por tus palabras. Siguiendo con mi relato periodístico, tengo que decir que las promesas de Fraga me las creí y

pensé que entrábamos en una nueva etapa de liberalización, así es que reforzamos nuestras campañas en defensa del agro castellano. Pero pronto empiezan los problemas, y más si cabe que antes. Tengo que ir a entrevistarme con los ministros de Obras Públicas y Agricultura, que requieren mi presencia y a los que les describo la amarga situación castellana. Las conversaciones con ellos las publiqué y reforzaron la campaña a favor del campo de mi tierra castellana. Entonces, cada vez me convocaban más a Madrid por cualquier artículo o reseña. Nombraron como subdirector a un amigo mío, Félix Antonio González, y le dieron poderes sobre mí. En consecuencia, me fui y lo dije en el periódico. Y escribí *Las Ratas* para poder denunciar allí lo que no me dejaban en el periódico. Pero antes le había escrito a Fraga un extenso informe. Siguió los pulsos y los ataques a mi persona y a mi cargo, que era aún el de director. En ese momento es cuando Félix Antonio llega, instruido por Madrid, y yo solicito el cese temporal y mi sustitución la realiza mi amigo Félix. Empieza una etapa muy dura, pues en el 62 había muerto mi madre y estaba desamparado, aunque mi esposa Ángeles me apoyaba. Menos mal que un mes antes del deceso de mi madre nació mi último hijo: una niña, Camino. La solución de Cesar Alba fue proponerme para el cargo de delegado del Consejo en la redacción y así seguí manteniendo la línea editorial. Era un director en la sombra y continué desde allí con mis ataques a todo lo que consideraba injusto. Así estuve varios años más con enfrentamientos de diverso tipo con personas y entidades oficiales de Información y Prensa. Ya en el 83, me dieron el puesto de consejero que mantuve hasta mi muerte hoy, incluso cuando El Norte fue comprado por el grupo Vocento, antes grupo Correo. En medio, en el 75, me ofrecieron la dirección de El País, que iniciaba su camino. Lo pensé, pero lo rechacé, porque había de cambiar mi domicilio a Madrid. José Ortega Spottorno, el presidente del Consejo, me visitó varias veces en Valladolid y estuve a punto de ceder, pero pudo más mi apatía. Prefiero dejarlo aquí por ahora.

Habla Vergés:

—Yo, que también había abandonado la revista Destino y estaba deprimido, le aconsejé que aceptara, pero también le hice ver los dos inconvenientes: el traslado a Madrid y las pocas probabilidades que aún había de hacer unas campañas libres. Estábamos en la transición.

Interviene otra vez la esposa Ángeles de Castro:

—Volviendo a la época en que publicó *El Camino*, esta novela tuvo gran éxito de crítica y público. Era un nuevo estilo de escribir, indirecto libre, que ya había ensayado en algún punto de la anterior, la para él tan denostada *Aun es de Día*. Ahora se hace más conceptual y directo y esa será su manera de escribir casi siempre ya en el futuro.

Sigue Miguel:

—Había cogido el tranquillo y la máxima: un hombre, un paisaje, una pasión la seguí en el resto de mi producción literaria, procurando cultivar un lenguaje conceptista y directo, en que el narrador omnisciente apenas apareciese y fueran más bien los personajes los que se expresaran y le dieran vida a su pasión en medio del paisaje, que con frecuencia era el campo castellano, no siempre, del que describí, con todo el detalle que pude, su cromatismo o aridez, su miseria, su sequedad y la flora y fauna, cuyos nombres sabía muy bien porque en mis excursiones campestres o cinegéticas me preocupaba de aprenderlos y usarlos con propiedad. Luego aporté algunos, sobre todo de aves autóctonas de Castilla, al diccionario de la Academia; hasta que me pararon los pies: aquello no era un diccionario de ornitología, me dijeron. ¿Qué otro servicio podía ofrecerle yo a la Academia? Nunca me consideré un intelectual. Al principio había leído poco y desordenadamente. Luego, asesorado por Ángeles que era una buena lectora, me preocupé más de seleccionar a los autores con mayor calidad literaria, pero desde mis primeras novelas dije que no sabía mucho de gramática. Escribía por intuición y sé que el vicio del laísmo lo tenía y lo tuve siempre muy arraigado. Por otra parte, mi pesimismo: el de mi vida y el de mi obra, que tiene sus raíces en el unamuniano sentimiento trágico de la vida, fue una constante de mis novelas y sus personajes; sobre todo ante la inevitabilidad de la muerte, más la de los seres queridos que la propia. Respecto a *El Camino*, que fue mi tercera novela y la primera que consideré buena, puedo decir que de nuevo hay niños en el relato y esta vez se trata, no como en el Pedro abulense de *La Sombra del Ciprés es Alargada*, un niño de ciudad, de niños que se desenvuelven en un ambiente rural, de los cuales uno no desea abandonarlo por la incierta aventura del “progreso y la educación” en la ciudad. Creo que Daniel el Mochuelo y sus compañeros son acertadas creaciones mías e hijos literarios muy queridos por mí. Y tanto Daniel como Pedro están temiendo la muerte del amigo: Alfredo en una y Germán el Tiñoso en la otra, y ambos mueren y el mundo se le hunde alrededor al protagonista de la primera, no tanto al de la segunda. Pero es que ese protagonista era yo en ambos casos y mi miedo a la muerte de los seres próximos, que también me alcanzó en algunas épocas de mi vida: en mis padres, en mi mujer -mi equilibrio-, en amigos y parientes; menos mal que no en mis hijos que se lograron bien. Pero, volviendo a los niños de mis dos novelas, sus temores a la muerte del amigo eran constantes en Pedro, no así en Daniel, que apenas era consciente de ello. Sólo que yo en la primera obra utilicé un lenguaje rebuscado y arcaizante, pleno de adjetivaciones, y presenté a Pedro como un ser hipersensible y neurótico precoz, mientras a Daniel lo describí como un muchacho optimista y vital, equilibrado emocionalmente; algo más propio para su edad. Y el lenguaje que utilicé para darle vida fue claro y sencillo. Fue mi primera novela de verdadera calidad.

Vuelve a intervenir Josep Vergés:

—Que tuvo un gran éxito de ventas, al ser publicada por Destino en 1950 y pronto reeditada varias veces y traducida a muchas lenguas. Miguel se convirtió en un autor de éxito y empezó a ser conocido en España y fuera de ella. En 1949 ha nacido su hijo Germán y en el 50 ve la luz su hija Elisa. En el 52 es nombrado secretario de la Escuela de Comercio y subdirector de El Norte de Castilla. Y en el 53, en Destino, le publicamos su cuarta novela, ésta un poco más larga que las anteriores y que lleva por título *Mi Idolatrado Hijo Sisí*, que es una crítica, a través del protagonista, Cecilio Rubes, al egoísmo de un padre que no quería tener hijos y luego le llega uno casi por accidente. No sabrá educarlo y le dará todos los caprichos. El final será dramático para ambos. Constituye un alegato contra el malthusianismo —tal vez por ello se la dedicó a sus siete hermanos— entonces muy famoso como teoría para defenderse de la superpoblación humana. Está escrito en estilo algo diferente. El propio Miguel me dijo en una carta que a él le parecía mejor novela *El Camino* y con seguridad también a la crítica, pero la gente, aseguraba, pide novelas con más asunto y más problemas, y el nuevo libro calculaba que por ello tendría más ventas. Pensó en presentarlo al Planeta y yo le disuadí, al explicarle quien era Lara y sus trapisondas e informalidades editoriales. A pesar de ello, lo hizo sin éxito. La nueva novela abre cada capítulo con las noticias periodísticas cotidianas, situando así la acción en un contexto histórico.

Otra figura se ilumina e interviene:

—Soy John Dos Passos, periodista y escritor norteamericano. Utilicé el mismo procedimiento literario en 1925 en mi novela *Manhattan Transfer*.

—Pero yo no había leído esa obra entonces —se defiende Miguel—. Fue una coincidencia. La leí cuando algún crítico lo advirtió.

Sigue Vergés:

—*El Camino* fue llevada al cine en el 64 por Ana Mariscal, y ésta de la que ahora hablamos en el 76 por Antonio Giménez Rico con el título *Retrato de Familia*. Las novelas de Miguel fueron de fácil adaptación a la pantalla por sus asuntos. Otras más se llevaron también al cine. Algo diré de ellas más tarde, o quizá otros lo hagan mejor. En cuanto a la novela de la que ahora nos ocupamos, tuvo de nuevo gran éxito de ventas, tal vez incluso superior a *El Camino*, como ya se figuraba Miguel. Y en el año 54 le publican su primer libro de cuentos *La Partida*, diez relatos muchos de ellos con el fondo ciudadano de Valladolid y alguno autobiográfico. Aunque casi todo lo escrito por Miguel tiene un tinte o bien personal de sucesos o anécdotas que le ocurrieron a el mismo o bien a gente de su entorno familiar, amistades o tipos curiosos que conoció en sus paseos, en sus vivencias cinegéticas o en

sus correrías por otros lugares, e incluso países. Aún no había salido de España por esta época, pero en el 55 viajó a Chile por dos meses, invitado por el Círculo de Periodistas de Santiago, para dar conferencias en Buenos Aires, Valparaíso, Concepción y Santiago. Eso fue de marzo a junio, y por esa época salió en Destino su quinta novela, *Diario de un Cazador*, en la que afirma ser un cazador que escribe. La obra ganó el Nacional de Literatura Miguel de Cervantes. En ella crea un personaje, Lorenzo, un bedel que luego aparecería en otras novelas y que era el prototipo del español rústico, aunque viviera en Valladolid, muy particular por muchos detalles de su personalidad. Fue Lorenzo quien en primera persona relató sus andanzas en el diario íntimo.

Interviene Miguel:

—Pero Lorenzo era real y además se llamaba así. Coincidió con él en el campo muchas veces, aunque no era de mi cuadrilla de caza. Y sus anécdotas son verídicas: le pasaron a él o a mí o a otros de mi grupo. Y ya que estamos en 1955, debo decir que al regreso de Chile murió mi padre Adolfo Setién, el 5 de agosto. Esa muerte, que yo había temido tanto de niño, le alcanzó cuando ya no era tan joven. Mi sentimiento fue profundo, porque había estado muy unido a él de pequeño y me había guiado en muchas cosas y en otras fue paradigma para mi desarrollo personal e intelectual. Pero la vida seguía y yo, que ya me dedicaba a la literatura como profesión, junto al periódico y las clases, edité, como consecuencia del viaje, el libro *Un Novelista Descubre América (Chile en el Ojo Ajeno)* y allí se plasmaron los escritos generados durante el periplo a Sudamérica que habían visto la luz antes en El Norte de Castilla y en la revista Destino.

Le releva Vergés:

—Y tras el nacimiento de su quinto hijo Juan, en 1953, al año siguiente publicó en Destino otra colección de relatos, *Siestas con Viento Sur*, que recibió el premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua. Fueron cuatro cuentos o novelas cortas, más bien con trasfondo de pesadillas, sueños o alucinaciones; de ahí el título, ya que el viento sur es el que calienta la cabeza y da lugar a ellos. Hasta 1958 no editamos su siguiente novela *Diario de un Emigrante*, pero Miguel la venía gestando desde su viaje, pues en él leyó el libro ya impreso *Diario de un Cazador* y germinó en su mente la idea de proseguir con las andanzas de su protagonista Lorenzo. Y le hizo emigrar a Chile y enfrentarse con su lenguaje, sus modismos y sus costumbres. Seguía vivo y lo siguió por muchos años, pues volvió a recurrir a él en 1995 para el *Diario de un Jubilado*.

Es ahora Miguel quien interviene:

—Ese *Diario de un Emigrante* se lo dediqué a mi equilibrio, mi esposa Ángeles, a la que no evocaba demasiado en mis declaraciones públicas, mucho menos de lo que se merecía por su dedicación a mi persona y a la de mis hijos, equilibrando mi ser interior, paliando o toreando mis neurastenias y pesimismo con su jovialidad, su decisión para enfrentar la vida y los problemas económicos, que sólo entonces comenzábamos a superar tras muchas privaciones, las lógicas de una familia numerosa con no excesivos ingresos. No le di el verdadero homenaje que se merecía hasta que, ya muerta, elogí su figura en mi contestación a Julián Marías con ocasión del ingreso en la Academia; y luego al retratarla en mi novela *Señora de Rojo Sobre Fondo Gris*. Pero esto último fue ya en 1991: un poco tarde. Ella se había muerto diecisiete años antes, dejándome solo. Se fue mi mitad, mi media naranja en todo su sentido, mi equilibrio, la madre de mis hijos, mi secretaria, la mujer de su casa, mi mujer y más temprana crítica al leer mis páginas nada más ser escritas, haciéndoles reparos o puntualizaciones acertadas, que la mayor parte de las veces asumía y corregía el texto o lo eliminaba. Además hablaba idiomas, francés e inglés, y era mi intérprete en los viajes. Yo siempre fui un desastre para otras lenguas. Ni siquiera llegué a conocer bien la gramática de la mía. Era pues mi lazarillo fuera de España y, dentro, también mi sostén, mi otro yo, mi equilibrio personal y mental en suma.

Se oye una voz desde el estrado bajo:

—Gracias Miguel por tus palabras y tu reconocimiento.

—No te merecías menos, Ángeles.

Vergés toma otra vez la palabra:

—En 1958 llega a director del Norte de Castilla y la Fundación March le concede una beca para escribir una nueva novela. Será *La Hoja Roja* y aparecerá en 1959, logrando el premio de la fundación que le había dado la beca.

Sigue Miguel:

—Y ese mismo año viajé a París para participar en el Congreso para la Libertad de la Cultura. Como consecuencia tuve la idea de escribir y publicar más tarde *Europa, Parada y Fonda*, en donde elogiaba la libertad parisina para manifestarse artísticamente y expresarse frente a los totalitarismos de otras zonas del mundo. En el 60 viajé a Alemania, Holanda y otra vez Francia, donde recogí nuevas experiencias para ese libro sobre Europa. En Alemania tuve ocasión de ver y plasmar luego en el libro cómo vivían nuestros emigrantes. Otros viajes posteriores originaron nuevos libros, tales como...

Le interrumpe Vergés:

—No te adelantes tanto, Miguel. Nos habíamos quedado en *La Hoja Roja*. Y sobre el título tengo que decir que al principio no me agradó. Miguel me había explicado, como fumador que era de tabaco picado que había de liar, pues así, con el entretenimiento, fumaba menos, que la hoja roja era la que aparecía en los librillos de papel para liar el tabaco cuando sólo quedaban cinco. Como trata de las aventuras domésticas de un recién jubilado, don Eloy, y su jovencísima y montaraz criada, Desi, el símil venía a significar el aviso de que le quedaba ya poco que vivir. Para alivio de su soledad, don Eloy propondrá relaciones a su fámula, y al menos se presume que se producirá la relación carnal. A pesar de todo no tuvo grandes problemas de censura, ni siquiera cuando Desi deletreaba en el periódico noticias sobre el Caudillo, pero Miguel tuvo buen cuidado de que esas noticias efectivamente hubieran sido publicadas en la prensa con anterioridad. Alguien quiso ver en don Eloy un alter ego de su padre, pero él aclaró que en nada se parecía. No tenía nada que ver ni social ni laboralmente ni por las circunstancias familiares. Don Eloy habita la ciudad indeterminada donde se desarrolla la acción y sólo tiene un hijo en Madrid al que no ve casi nunca, y el padre de Miguel ocho, unidos a él en Valladolid. Pero sí tomó la idea de un compañero de claustro de su padre, al que metió en otro contexto laboral, funcionario municipal para despistar. Pero la idea que subyace en la novela...

De nuevo una figura se ilumina y dice:

—Soy otra vez Francisco Umbral. Yo escribí en la edición popular del libro, que lanzó RTV en 1969, que Miguel quería llevarnos con el desenlace a una evidencia última: que el hombre está solo. Pero el tratamiento que le da el autor es, como resulta habitual en él, a través de la ironía, la burla a veces, con zumba y piedad, con amor.

Vuelve a intervenir Miguel:

—José Jiménez Lozano la consideraba, en 1986, mi mejor novela. Por entonces, se estaba adaptando al teatro y se estrenó en Valladolid en septiembre de ese año. Y fue el propio Umbral quien tuvo el desacierto de comparar a don Eloy con mi padre. Pero, con quien sí hay similitud es con el protagonista de *El Coronel No Tiene Quien le Escriba*, de Gabriel García Márquez, pues don Eloy, como aquel, siempre está esperando una carta de su hijo Leoncito, un descastado que no se acuerda de él, y constantemente le pregunta a Desi si ha llegado el cartero y ha habido algo.

Es otra vez Vergés quien habla:

—Estamos en 1960 y a Miguel le nace un nuevo hijo, Adolfo. Y publica *Castilla*, un libro de crónicas rurales que se ilustra con grabados de Jaime Pla. Son sólo ciento cincuenta ejemplares, que en 1964 dieron paso a una edición convencional con el título *Viejas Historias de Castilla la Vieja*. Y en 1961 ve la luz el libro *Por Esos Mundos, Sudamérica con Escala en las Canarias*. Pero es 1962 el año crucial. Sacamos en Destino una de sus más grandes novelas, *Las Ratas*, de la que ya hemos hablado y en la que cuenta lo que en el periódico no le dejaron denunciar: la miseria y la depresión de ciertas zonas agrarias castellanas abandonadas por el Régimen, por el gobierno.

Alguien, otra figura, se ilumina e interviene:

—Soy Jorge Guillén Álvarez, escritor y crítico literario. Se me ha encuadrado en la generación del 27. Yo escribí desde Cambridge una carta a Miguel, en 1976, a propósito de *Las Ratas*, admirándome de que, sin salir de España y bajo el régimen represivo de Franco, pudiera durante tantos años expresarse con esa libertad y esa autenticidad. Le decía que era el primer novelista de la postrada meseta castellana. Y en mi imaginación había varios libros de Delibes, pero sobre todo *Las Ratas*.

—Por eso dije yo —interviene Umbral —que Miguel vino a “desnoventayochizar” Castilla. Los de esa generación hicieron estética de Castilla, Delibes hizo sociología y denuncia.

—Y es que efectivamente —prosigue Vergés —*Las Ratas* fue un profundo alegato reivindicativo, y allí dijo lo que no podía escribir en la prensa, porque la censura de ésta era más rígida; y, además, en la novela resultaba más fácil encubrir las denuncias sobre las injusticias y la extremada miseria del campo castellano, bajo la forma de situaciones, personajes y anécdotas que viven el Nini —otra creación infantil magistral del autor—, el tío Ratero y muchas otras figuras de esa tierra marginada, tan pobre que hasta las ratas fritas con vinagre son un alimento selecto y su caza da lugar a enfrentamientos que terminan en un drama rural. La novela logró el premio de la Crítica.

Es Miguel quien habla ahora:

—Fue un claro ejemplo de novela social, de incursión en lo que la crítica denominó realismo social, pero se la acusó de simplismo en las denuncias y zafiedad estética. Es claro que la depresión del campo y de las gentes estaban latentes y quedaban explícitas. Y el lenguaje era el habla de aquellas tierras castellanas. Pero creo que en la novela latía un realismo poético. Otros críticos lo advirtieron, incluso un realismo mágico, ya que el Nini, aquel niño, era un sabio; algo así como un Cayo infantil que conocía el nombre de todos los pájaros, las plantas, los accidentes del terreno... y

también podía predecir el tiempo mejor que un meteorólogo. Así pues era el orientador de sus convecinos, que le admiraban por sus dotes casi sobrenaturales o mágicas; o al menos prodigiosas. Según dicen Pruden y Don Antero, otros personajes, “parece Dios”; “sabe de todo y a todo hace”.

Otra figura interviene:

—Soy Ana Mariscal, productora, directora y actriz de cine, al que llevé la novela de Miguel *El Camino* en 1962. Tuve bastante éxito.

Sigue Miguel:

—Sí lo tuvo, pero ese fue un año aciago para mí ya que falleció mi madre, María Setién, a los 74 años. Mi dolor sólo lo logró paliar en parte el nacimiento de mi séptimo y último hijo; hija en este caso, Camino, un mes antes. Hacía siete años que había muerto mi padre. Me encontré huérfano y en el más absoluto desamparo. Y pensé que la brecha de los decesos familiares se había abierto y seguía profundizándose. No tardaría muchos años en entrar también en ella mi esposa.

—Pero aún faltaba tiempo para eso —prosigue Vergés —y Miguel era ya un escritor reconocido, respetado, leído y aclamado. Ahora parece decantarse por las obras cinegéticas y publica en Lumen, a final de ese año 62, *La Caza de la Perdiz Roja*. No es una novela, sino apuntes y comentarios sobre las actividades de caza con diálogos entre cazador y escritor: el cazador que escribe. Una serie de incursiones en la filosofía de la caza, su historia, la diversión o el deporte de cazar y su razón de ser.

—Pero la caza debe de ser deportiva —dice Miguel —como bien apuntaba Ortega. Debe ser una actividad pura y quijotesca. Arriesgándonos frente a la pieza a cobrar, haciéndolo sin trucos, de frente, a pecho y sin artilugios, sólo perro, escopeta y morral. Y por trochas y veredas, andando en descubierto, buscar la liebre, el conejo o la perdiz. Sólo así es válido y noble ese ejercicio. Eso dice, o poco más o menos, el Barba, el viejo cazador solitario castellano al conversar con el autor, conmigo. Y ese Barba era un personaje real: un perdicero de Valdestillas al que incluso llevé a la televisión conmigo y con otros varios de los que saqué personajes para mis novelas. Y lo curioso es que por entonces aún no teníamos televisión en casa. El libro se editó con fotografías de Oriol Maspons, incluso dos del Barba. La propietaria de Lumen, Esther Tusquets, me lo propuso y acepté.

—Pero para compensar la decepción o el coqueteo con otra editorial —asegura Vergés—, me escribió Miguel proponiéndome otro libro, sobre caza también, con fotografías de Ontañón, que edité en Destino en 1964. Era *El Libro de la Caza Menor*, que tuvo buena venta, curiosamente más en Barcelona que en Castilla. Allí hacía observaciones personales Miguel sobre

la caza de las especies menores, las más abundantes en los campos de su tierra natal. Y fue donde dijo, en el prólogo, que no podría cazar si no escribiera, ni escribir si no cazara. No fue su última incursión en el género: aún repitió, basada en este último libro, en 1980, con *Dos Días de Caza*, y, en 1988, con *La Caza de la Perdiz Roja en España*. Y varias más que luego mencionaré.

—Y en el 64 —continúa Miguel —escribí y salió a la luz, junto al *Libro de la Caza Menor* que ha mencionado Vergés, *Viejas Historias de Castilla la Vieja*, a la que ya nos hemos referido y en la que denunciaba el inmovilismo castellano durante siglos. Fue una novela corta y también hay en ella escenas cinegéticas, como en muchas otras salidas de mi pluma, pero al tiempo es un retrato vivo de la Castilla negra, deprimida y estancada, que seguía siendo la de siempre mal que les pesara a los críticos que no habían salido de Madrid. En estas historias, otra vez me tentó Esther con su editorial Lumen, y el libro se editó ilustrado con fotografías de Ramón Masats.

Es ahora Ángeles, la esposa, quien interviene:

—Aún en 1964 y en septiembre, viajamos a Estados Unidos en el transatlántico Constitution desde Algeciras. Miguel estaba invitado por la universidad de Maryland. El curso duró tres meses. Por poco no vamos, ya que Adolfo, nuestro hijo de cuatro años, tuvo un accidente junto a su hermana Camino, de dos, y él se quemó el pelo con una gran sartén de aceite hirviendo. La niña también, pero menos. Los llevamos a Valladolid. Muchos médicos les vieron y trataron. Ella se curó sin quedarle señales, pero el niño perdió todo el pelo. Pudimos irnos, aunque preocupados y sin apenas noticias, más que por carta, durante la estancia. A Adolfo hubo que efectuarle, al regreso —que por cierto hicimos en avión, aunque a Miguel le daba pánico—, diversos implantes que le solucionaron el problema. Hoy sigue casi calvo, pero no hubo secuelas de las quemaduras en el rostro. Hay una anécdota curiosa previa al viaje. Cuando Miguel fue a por el visado, una funcionaria de la embajada norteamericana le dijo que no precisaba vacunaciones y controles médicos, porque era un líder. Él le preguntó si los líderes no contagiaban, y ella le respondió: “es la ley”. Así pues, él por líder y yo por ser la mujer del líder, viajamos sin papeles médicos.

—Conté la anécdota —dice Miguel —en mi libro *USA y Yo*, que publiqué en 1966. Y también hablé de mis clases en castellano sobre la nueva novela española contemporánea. Y mencioné allí la obra de Laforet, Cela, los Goytisolo, Matute, Gironella, Ferlosio, Fernández Santos, Aldecoa, Luis Romero y otros. Tuve mucha audiencia. Se preveían cuarenta y fueron ciento cincuenta. Y en una librería de Georgetown había muchas novelas de Destino, entre ellas las mías.

Otra figura se destaca en lo alto.

—Soy David Lean, inglés y director de cine. En 1965 y en escenarios españoles, realicé la adaptación de la novela de Pasternak *Doctor Zhivago*. Tengo entendido que en el doblaje al castellano intervino Miguel Delibes.

—Bueno —afirma éste—, fue más bien un intento de aproximar la burda traducción de unos diálogos en inglés de manera que se adecuaran al movimiento de labios de los personajes. La Metro, que era quien producía, me facilitaba el número de sílabas y yo debía de ceñirme a ello. Era una labor difícil, pesada e ingrata, pero creo que no salió mal.

Continúa Vergés:

—Y así llegamos a 1965. Miguel está algo cansado de escribir, o más bien desanimado. Y no entiendo bien por qué, con el éxito que tenía.

—Tal vez por eso mismo —interviene Delibes—, o por tantas responsabilidades juntas: la Escuela de Comercio y el periódico, además de la literatura. Sin embargo, en El Norte de Castilla inauguré el Aula de cultura.

Alguien se destaca en lo alto y dice:

—Soy Julián Marías, filósofo, discípulo de Ortega y escritor, paisano de Miguel y el primer conferenciante de ese Aula, con un gran éxito pues el público desbordó el auditorio y muchos tuvieron que escucharme por altavoces. Hacía un año que me habían elegido académico de la lengua, tras haber sido, muchos, represaliado por el franquismo.

Otra vez Vergés:

—En 1966, y a pesar de estar desanimado, Miguel me envió una nueva novela: *Cinco Horas con Mario*. Me gustó mucho esa incursión en la sicología femenina y le escribí diciéndole, además, que era un buen retrato de cierta sociedad muy común en la época.

—Sí —acepta Miguel—, creo que fue una de mis novelas más importantes, a pesar de ser casi toda ella un monólogo. Una mujer frente al cadáver de su marido, que reconstruye en unas horas gran parte de su vida en común. A través de sus palabras, reiterativas, a veces atropelladas y sin orden, se nos va descubriendo ella y al tiempo le descubre a él; el interior y el exterior de ambos. Una introspección psicológica en que retrata su alma mezquina, llena de complejos, de tics, de conveniencias sociales, políticas y religiosas, dejando al aire su incultura e intransigencia con la intelectualidad a la que combate. Y también su sexualidad reprimida.

Queriendo rebajarla, ensalza la figura de él que tampoco es perfecta, pero sí desde luego comprometida socialmente, más allá de las conveniencias económicas y personales, sin trabas sociales que deja a un lado, a veces perjudicando a su familia, y también con algunas debilidades de carácter y de comportamiento. Fue la mujer, Menchu, la peor parada, porque así era en gran parte la situación de las mujeres en España, pero hubiera podido ser al revés y haberla puesto en el féretro y a él, Mario, dialogando, mejor dicho monologando, con el cadáver.

Otra figura se ilumina y su voz algo tímida se escucha:

—Soy Antonio Buero Vallejo, dramaturgo y autor entre otras de la obra teatral *El Tragaluz*, que fue escrita casi al mismo tiempo que *Cinco Horas con Mario*. Lo curioso es que el tema es semejante, aunque visto desde distinta perspectiva: la intransigencia del intelectual puro ante la vida, el oportunismo y las posibilidades de triunfar, pasando por encima de todos y de todo, sin renunciar a los principios ni prostituirse intelectualmente. Me carteeé con Miguel a propósito de ciertas curiosas coincidencias en nuestras obras, por ejemplo que el padre hubiera sido trastornado por la guerra y los nombres de los personajes: Mario, Encarna, Vicente. Ni él ni yo acertábamos a discernir de dónde venía esa coincidencia. Quizá telepatía o tal vez estímulos externos por sucesos exógenos. No lo sé.

—Ni yo tampoco —asegura Miguel—, aunque había muchas Menchus y muchos Marios en un país de mentiras; y medias verdades, lo que es peor. Yo utilizaba pasajes de la Biblia, que el muerto había subrayado, y la mujer los leía y después se iba por los cerros de Úbeda en sus disquisiciones, en sus reproches, en sus intentos de justificarse atacándole. En todo caso, fue una novela diferente, sin niños, ni pájaros, ni paisajes, pero sí había un hombre recto y sin fisuras, aunque sí con defectos, y una mujer tradicional, cerril e hipócrita, racista y clasista, integrista religiosa y fanática. Y, desde luego, una pasión, o dos, la de él y la de ella, tan contrapuestas que no sabemos cómo se mantenían unidos y capaces de engendrar cinco hijos, como no fuera por la religiosidad de Menchu que no le permitía otra salida; debía conformarse, según le habían enseñado. Y la ingenuidad y apatía de Mario, que tampoco era un ser con decisión y sí un tanto neurótico e inestable. Tal vez como yo. Alguien ha querido ver en esta novela matices autobiográficos, destacando que hasta las iniciales Mario Diez y Miguel Delibes son las mismas, pero Ángeles estuvo muy lejos de ser como Menchu, y yo no me parezco en muchas cosas a Mario. Por lo pronto, no me considero un intelectual. Fui más bien un hombre del campo aunque viviera en una ciudad, pero pateé y me integré, en múltiples ocasiones, en el ambiente rural del que extraje mis mejores tipos, y defendí el entorno en todos mis escritos, poniéndole en valor, e incluso en cultura, por encima del urbano.

Habla de nuevo Julián Marías:

—En mi respuesta al discurso de Miguel cuando ingresó en la Real Academia, defendí la figura de Menchu Sotillo como muy humana y sincera, llena de tópicos y vulgar, si se quiere, como muchas otras mujeres de la época, pero también auténtica. Por otra parte, el personaje de Mario es demasiado perfecto y no resulta tan simpático al final. Quizá esto era más patente en la adaptación teatral, en la cual Lola Herrera encarnó por mucho tiempo a esa figura impar de Menchu ante el cadáver de Mario, desgranando atropelladamente la vida de ambos en común. La actriz tuvo un gran éxito y también pasó muy malos ratos por meterse demasiado en el papel y afectarle en su propia vida personal.

Es otra vez Vergés quien interviene:

—En marzo del 68, publicamos el libro *Vivir al Día*, que recopiló artículos de Miguel aparecidos en periódicos. Por esa época, Ángeles le pone un estudio en el Paseo de Zorrilla 94, en el edificio de las Mercedes, para alejarle del bullicio familiar.

Es Miguel quien sigue:

—Pero lo echaba de menos y no duré mucho allí, sólo tres meses pues me vino “la seca”, como diría Juan Rulfo. Con mi hijo Miguel —él sobre todo puso la labor de verterlo a nuestro idioma y yo el de darle forma literaria— traduje un libro francés: *Alegrías de la Caza*. Y, en especial, ese año 68 estuvo marcado por mi viaje a las universidades de Praga y Brno en tres semanas de mayo. Luego, escribí crónicas de ello en la revista Triunfo, en las que hice una reseña de la primavera de Praga, aquel intento de liberalizar el país abortado el 21 de agosto por los tanques soviéticos en la invasión del país checo. En septiembre, publiqué el libro *La Primavera de Praga*. La situación de aquella nación se parecía tanto a la nuestra, que me produjo una verdadera conmoción y de esa semejanza surgió mi novela *Parábola del Naúfrago*, que se publicó en 1969 y luego fue traducida al checo. Era aquel un tiempo difícil para los dos países, e intenté retratar los males y los miedos a tantas cosas que me atenazaban, como pude, Dios me dio a entender y la censura me permitió. Atacaba en ella por cierto algunas teorías que circulaban sobre la destrucción del lenguaje como una jerga conceptuosa. Hay mucha experimentación literaria en ese libro para hacer crítica constructiva y que perdure y se respete el lenguaje de la literatura. Era un giro en mi narrativa y una aventura experimental. La novela es como una pesadilla en busca de libertad, un tanto freudiana. Los sueños me apasionaron de joven y leía a Freud continuamente, e incluso anotaba mis sueños al despertarme intentando aplicarles las teorías del maestro vienes.

De nuevo habla Ángeles:

—Así, en octubre del 70, llegó a los cincuenta años con el pesimismo, connatural en él, acentuado. Veía ya la cercanía de la muerte. Pensaba que estaba muy próxima o al menos más cercana en el tiempo que los años que ya había vivido.

—Pero en el 71 tuve un accidente al resbalar en el hielo —asegura Miguel —y me tuve que meter en casa con el televisor. Y ello me acarreó más problemas de salud. Pero el año anterior había publicado mi tercer libro cinegético *Con la Escopeta al Hombro*, y también la antología de textos míos para niños titulada *Mi Mundo y el Mundo*, que edita la vallisoletana Miñón ilustrada por Pedro González Collado. Asimismo salió ese año mi tercer libro de cuentos: *La Mortaja*, muchos de ellos ya publicados en revistas o periódicos.

Otra vez Vergés sale a la palestra:

—En 1971 escribe su primera obra totalmente autobiográfica: *Un Año de Mi Vida*, y se publica al siguiente. Era una especie de diario que abarca del 22 de junio del 70 al 20 de junio del 71. En él habla de todo y de todos y es por ello la época mejor conocida de su vida familiar, laboral y social. En ese año se casó su hija Ángeles y también celebraron, Miguel y Ángeles, sus bodas de plata. Y en Madrid, en la feria del libro, conoce a Vargas Llosa. Luego, en junio del 71, saluda a Rosa Chacel.

Es ésta quien se destaca y habla:

—Acababa de regresar definitivamente de mi exilio a mi ciudad natal: Valladolid. Antes había estado ya un par de veces en España por algunos periodos más o menos largos, pero ya volvía para quedarme, casi. Miguel me dio un homenaje en El Norte de Castilla y visité mi casa familiar. Y también me acompañó Miguel a Rodilana, un pueblecito perdido donde pasé una temporada de niña, recuperándome de un ganglio. Todavía había gente allí que se acordaba de mí. Después, seguimos la amistad Miguel y yo hasta que me vine aquí en 1994.

La releva Miguel:

—En el *Diario* recojo también la actualidad política, y así, el 28 de diciembre del 70, con ocasión del proceso de Burgos a varios militantes de ETA y de las nueve condenas a muerte, tres de ellas dobles, escribo que he quedado angustiado y me muestro enemigo de la pena capital por inhumana, poco eficaz y contraria a las leyes divinas. Me alegré del indulto final a tal castigo. Era ya entonces combatiente, incluso en el periódico como podía, contra la dictadura, que vivía su agonía, que daba los últimos coletazos. Luego, en diciembre del 73, es asesinado Carrero Blanco...

—Y —le interrumpe Vergés—, casi coincidente con ello, salió su novela *El Príncipe Destronado*, que Miguel había escrito casi diez años antes con otro título: *El Fabuloso Mundo de Quico V*. Tardó tanto en editarse un mucho por mi culpa, por mi escaso entusiasmo, acaso por tener yo ocho hijos, y el de otro amigo de Miguel: Fernando Altés. Los dos nos equivocamos y fue un gran éxito. Otro niño más, éste mucho más pequeño, sólo tres años, en la colección de personajes infantiles de Miguel.

—Tuvo más éxito —dice Miguel —que *Las Guerras de Nuestros Antepasados*, que salió unos meses más tarde. *El Príncipe Destronado* se publicó con dibujos de mi hijo Adolfo a los cuatro años, que se suponía habían sido hechos por Quico, el niño protagonista. Fue un acierto, pues gustó y complementó la novela. Además, había una crítica a los nostálgicos de la guerra civil, a los franquistas acérrimos encarnados en la figura del padre. Por ello el acierto de Antonio Mercero, cuando, al llevarla al cine en 1977, la tituló *La Guerra de Papá*. Por otra parte, las reacciones del niño las he vivido yo en mis hijos: sus temores, sus distracciones, sus juegos y hasta los celos del mayor que sufre Quico, el príncipe destronado, también se manifestaron en mis hijos, aunque atenuados. Eran demasiados para querer llamar tanto la atención. Como algún crítico dijo, el germen de esta novela está en mi cuento *El Conejo*.

Sigue Vergés:

—Se vendieron veinte mil ejemplares en seis meses. Algo inaudito. Pero tuvimos problemas con la censura hasta después de editado. A Ricardo de la Cierva, presidente del Instituto Nacional del Libro Español, le molestaba el título y otras cosas. Yo le respondí que no había pasado censura previa y estaba editado. Logramos convencerle salvo en un punto y hubo que sustituir una página en cada ejemplar, lo que costó más que la edición original. Sólo habían pasado quince días desde el asesinato de Carrero.

—Pero ya —dice una figura que se destaca—, cuando el libro ve la luz hacía once meses que Miguel había sido elegido académico de la lengua para ocupar el sillón “e”, que había quedado vacante por mi muerte. Soy Julio Guillén Tato, almirante de la Armada e historiador y también miembro de la Academia de la Historia. Miguel fue elegido el 1 de febrero del 73, en tercera votación por catorce votos, contra trece para el poeta y periodista José García Nieto.

—Me habían propuesto —dice Miguel —Juan Antonio Zunzunegui, Vicente Aleixandre y Julián Marías. Parece que me votó el ala progresista o liberal: los contrarios al ABC y Luca de Tena. A García Nieto le apoyaba también Camilo José Cela. Yo, en vez de las visitas protocolarias a los académicos para pedir el voto, me limité a unas cartas muy corteses. Seguía

siendo un tanto tímido y retraído. Pero parece que surtieron efecto y gané. Entonces llegó algo que siempre temí: la muerte de un ser querido con el fallecimiento de Ángeles...

—Te deje solo —dice ésta —con nuestros hijos en noviembre de 1974. El primer síntoma fue, en el verano del 73, un dolor continuo en el hombro izquierdo. Se rechazó el asma que había padecido en mi juventud. Me recomendaron ir al gimnasio y lo hice. Luego el brazo se inflamó y los síntomas alarmantes se acentuaron, aunque primero los médicos diagnosticaron anemia ferropénica y me dieron compuestos de hierro. El ánimo mejoró, pero sólo eso, y se hizo precisa una exploración endocraneal por si existiera un tumor. Se efectuó la operación en noviembre; yo tenía cuarenta y ocho años. Por la noche, la cosa se complicó con un infarto del tronco cerebral y no salí de la segunda operación aunque aún estuve en coma todo un día: hasta que todo terminó y me vine para aquí, para esta zona luminosa en que te he estado esperando, Miguel, todos estos años, entre el deseo por una parte de que llegaras y estuviéramos juntos de nuevo y para siempre y por otra de que siguieras disfrutando de nuestros hijos, que no los dejaras a ellos que tanto te querían. Y además que siguieras recreando tus éxitos.

—Entonces —le responde Miguel—, en noviembre del 74, se murió la mejor mitad de mí mismo y, aunque apegado a la vida como cualquier mortal, también deseaba reunirme contigo.

Continúa Vergés para atenuar la emoción que embarga a los esposos:

—Así llegamos a su recepción por la Academia en mayo del 75. Si bien el dolor le impedía escribir y no lo hizo en tres años.

—Pero sí —es ahora Julián Marías quien habla —pronunció un bello discurso para aquel acto, en el que yo le contesté. Como ocupaba el sillón “e”, dijo que ninguna letra mejor que ésta, pues antes la había tenido el Almirante e historiador Julio Guillén, cuya figura ensalzó, y además era una letra que había omitido demasiadas veces por su laísmo, cuando debiera debido emplearla en vez de la “a”. Después asistió a las sesiones con no demasiada asiduidad. En treinta años sólo se le anotaron ciento treinta y nueve ocasiones. Eso fue en el 2005. Luego ya no volvió. No se consideraba un hombre docto para ser académico por su poco rigor gramatical. Su aportación fueron sobre todo los nuevos nombres de pájaros, de los cuales unos treinta fueron incorporados al diccionario. Y algunos otros de la cinegética y la pesca. Pero un día lo pararon y no se incorporaron más.

Otra figura se ilumina:

—Soy Pedro Laín Entralgo. Fui médico, historiador, ensayista y filósofo, además de académico. Y una vez escribí que, aunque Miguel bajara sólo una vez al mes del Pisuerga al Manzanares, siempre traía una bocanada de aire fresco y campestre y la jovialidad escéptica y zumbona de un castellano viejo irónico y cordial. Y además siempre insistía en que había que llevar sangre joven a la institución y no carcamales caducos. Después sacaba su puñadito de cédulas manuscritas, repletas de nuevos nombres de pájaros y peces que casi todos desconocíamos.

Es ahora Vergés quien habla de nuevo:

—Quisieron llevar, en el 75, Antonio Giménez Rico y José Sámano, *Las Ratas* al cine, pero Miguel les convenció para que lo hicieran con *Mi Idolatrado Hijo Sisí*, lo cual aceptaron y, después de descartar diversos nuevos títulos, al final se quedaron con *Retrato de Familia*. Pero inicialmente el proyecto fue prohibido por la censura, cosa que no había sucedido con el libro. Entonces murió Franco, pero los criterios seguían vivos, aunque sólo hasta el 76 en que ya se logró una aprobación condicionada a seguir una serie de sugerencias, que continuaron hasta casi la fecha de su estreno, época en la cual, como en un cambalache o un trapicheo, se cambiaban culos por alusiones a la puta guerra. Nueve novelas de Miguel se llevaron al cine, tres obras suyas se adaptaron a la TV, para la que él escribió guiones y textos de documentales sobre Valladolid y Castilla. Y tres novelas se convirtieron en obras teatrales: sobre todo *Cinco Horas con Mario*, con innumerables representaciones y varias reposiciones en España y fuera de ella. Pero también *La Hoja Roja* y *Las Guerras de Nuestros Antepasados*. En la adaptación de alguna colaboró su íntimo amigo y biógrafo Ramón García Domínguez, periodista y escritor, navarro, residente en Valladolid y copaseante con Miguel, con el que siempre quedaba en el quiosco de los helados, en un ángulo del parque del Campo Grande. *Cinco Horas con Mario* se tradujo también en su versión teatral al francés después de algunos años y con bastante éxito. Algo parecido ocurrió con *Las Guerras de Nuestros Antepasados*, que allí tuvo el título de *La Guerre Promise*, adaptación en la que asimismo colaboró Ramón García. Hubo otros intentos de llevar al teatro alguna novela más, pero por diversos motivos no cuajaron. Ya en enero de 1977, retoma Miguel la pluma y sale a la luz su *Aventuras y Desventuras de un Cazador a Rabo*, el quinto de sus libros sobre caza; y, en diciembre, *Mis Amigas Las Truchas*, el único que escribiera sobre pesca y que dedicó a sus hijos Miguel y Juan, quienes, a pesar de haber sido sus discípulos en tal menester, se convirtieron en maestros. Pasó casi un año hasta que publicó una nueva novela y la escribió tras las elecciones generales del 77 e inspirado por ellas. Se tituló *El Disputado Voto del Señor Cayo...*

—En ella —interrumpe Miguel —quise hacer un arquetipo, con el señor Cayo, del campesino castellano, primario, lacónico, llano, muy suyo y que

todo lo ha encaminado a la eficacia. Sabe lo que es y lo que quiere, pero tiene conciencia de sus límites. Es íntegro, apegado al medio y la costumbre, huye de lo inventado y lo que está fuera de su círculo vital. Todo ello muy propio de los habitantes de las comarcas adustas de la meseta, alejadas del progreso, deprimidas y viviendo casi en soledad. Como lo está el señor Cayo, de cuyo pueblo es el alcalde, y sólo hay otro vecino, con el que además está enfrentado. Vienen a buscar su voto unos candidatos progresistas y, sobre todo uno de ellos, únicamente dice insustancialidades con un vocabulario escaso de apenas quinientas palabras. Los otros dos, un hombre y en especial una mujer, están más preparados. Pero tampoco es que presente al señor Cayo como un hombre ideal y virtuoso. Sería la mitad de un hombre completo y los demás la otra mitad. Uno es el mundo que vive y otro el que piensa. El hombre ideal sería la suma de los dos. Diez años después de escribirla, la lleva al cine Antonio Giménez Rico y consiguió la Espiga de Plata en el Festival de Valladolid en 1986. La protagonizó magníficamente Francisco Rabal, como yo sugerí y se me aceptó.

Otra figura iluminada interviene con una voz redonda y templada:

—Soy Francisco Rabal, actor de cine y teatro, guionista y director. Protagonicé ese personaje del señor Cayo y también hice el Azarías de *Los Santos Inocentes*. Esas figuras de Miguel Delibes eran una delicia y se acomodaban muy bien a mi personalidad y mis cualidades de interpretación, e incluso a mi figura un tanto rural y desmañada. La película de la que ahora se trata fue filmada en un pueblo cerca de Sedano, llamado Mozuelos, en el burgalés Páramo de Masa. La figura del señor Cayo me sedujo, me identifiqué con él y creo que le di vida como quería el autor de la novela, del que fui amigo y nos visitó, a mí y a mi mujer Asunción, en mi murciano pueblo natal de Águilas.

Vuelve a intervenir Cela:

—Como ya avisé antes, quiero rebajar ahora el mérito de la novela de Delibes y denunciar lo que creo es un engaño en ella. Nos presenta al señor Cayo como el paradigma del hombre rural sabio, que sabe hacer de todo en su medio aunque no sea desde luego un intelectual y le resbale el progreso —en un sentido unamuniano— y hasta reniegue de él. Pero acaso hay algo en lo que nadie ha reparado. El señor Cayo se sabe los nombres de las aves, los animales del campo, los accidentes del terreno que otros ignoran; y sabe y conoce las labores del campo, las épocas para realizarlas y otras muchas actividades manuales, pero conoce las de su tierra, las de su entorno. Si lo trasladasen a otro, sería tan ignorante como los políticos que le visitan. Y no digamos si es a otro país, a otra cultura o a la ciudad. En ésta, sería tan desconocedor de todo como aquellos que quieren, erróneamente eso sí, recibir su voto. Es sabio en su medio e ignorante fuera de él. Como son sabios

los políticos que conocen los nombres del medio en que viven y que Cayo ignora por completo. Estos también serían torpes, acaso, en otra ciudad, pero tendrían más medios y conocimientos para adaptarse pronto. El progreso les ha dado esa facultad de la que Cayo carece. No son pues uno y otro la mitad; Cayo sólo sería una parte mínima. Delibes nos mete aquí en una trampa que no muchos advierten.

Miguel duda si responder, medita pero no lo hace y es Vergés quien continúa:

—Tras la adaptación de Josefina Molina y la interpretación magistral de Lola Herrera en *Cinco Horas con Mario*, a finales del 77 publica Delibes la antología de textos de sus libros en *Castilla, lo Castellano y los Castellanos*. Y también recorre a pie los cincuenta kilómetros que separan Valladolid y Palencia. Es la Marcha de Asprona. Demostró que podía a sus casi cincuenta y nueve años, y así recaudó fondos para niños y jóvenes deficientes mentales. Lo hizo con sus cuatro hijos. No comió más que un emparedado y se tomó dos cafés y consiguió llegar en perfectas condiciones físicas. Lo volvió a hacer con el mismo éxito a los sesenta años, en 1981. Después ya no repitió. Y, cuando lo invitaban a conferenciar por la época a que me refiero, si no era a América, por aquello del viaje, aceptaba.

Sigue Miguel:

—Ni el avión ni el barco; los temía. Pero sí, en 1982, fui a Suecia y a los Países Bajos en automóvil. Lo hice en primavera y reseñé estas escapadas en *Dos Viajes en Automóvil*, que escribí en Sedano. Allí contaba sucedidos y anécdotas muy curiosos, como la sensación al visitar el barrio rojo de Ámsterdam y sus meretrices en escaparates. Me pareció lamentable, pero un tributo a la moderna sociedad de consumo. También me causó asombro la facilidad para encontrar droga blanda.

Es de nuevo Vergés quien habla.

—Y así llegamos a septiembre de 1981 y a *Los Santos Inocentes*. Una novela realista, poética y trágica sobre seres rurales y primitivos, explotados y humillados.

—La situé —dice Miguel —en un cortijo extremeño, porque tales condiciones se daban más en los latifundios de esa región. En Castilla, con el régimen de minifundios, eran poco probables: sólo existían de Salamanca para abajo. En nuestra tierra no había caciques ni señoritos Iván. La situé en pleno franquismo y la célebre época de sus cacerías. La había comenzado en 1963 y el origen fue un cuento, *La Milana*; pero aquel casi exilio al estudio que me preparó Ángeles, me disuadió y la dejé. Luego la retomé al tropezar con el cuento y la concluí en 1981, tras otro parón hacia 1970 no recuerdo

por qué motivo. Fue, como algunos dijeron, un drama extremeño vanguardista.

—Y a la vez —continúa Vergés —una salmodia que relata un contador —o cantador- de algo que sucedió en un lugar y en un tiempo ahistóricos y que se dirige a un público oyente en una plaza al modo de los antiguos juglares. El estilo es nuevo, pero no vanguardista ni artificioso. Tiene un cierto parecido con el romance *La Tierra de Alvar González* de Antonio Machado, incluso en los títulos de los capítulos y hasta en la estructura. Posee, como aquel, resonancias sicotrágicas.

Habla Umbral:

—Yo ya dije que la rebelión contra los atropellos de la oligarquía no nace aquí de un colectivo, de todo un pueblo, como en *Fuenteovejuna*, sino de la mano de un inocente, de un idiota, de Azarías, que ahorca al señorito Iván porque ha matado a la Milana. Esto es —escribí y dije en una conferencia en la Fundación March- justicia poética. El tirano paga por sus abusos, pero sutilmente. Miguel los concentra en la muerte banal y gratuita del pájaro, dejando la iniciativa a un tonto. En *Delibes* no se vengan los pobres, sino los tontos y los ángeles.

—A pesar de ello —dice Miguel—, algún crítico habló de mi tremendismo y de que resucitaba la España negra, que ya había periclitado en la época en que se publicó. Pero lo cierto es que salió sólo seis meses después de la intentona del 23 F, aquel remedo de golpe militar de los señoritos Iván que no se resignaban a ceder las riendas. Si bien nunca he deseado dar alcance político a mis novelas; sólo son historias de seres humanos que viven una circunstancia histórica concreta y que la trascienden.

Sigue Vergés:

—Bien a mi pesar la obra fue editada por Planeta. Miguel estaba quejoso de las erratas en *Destino*, como ya ha dicho antes. Cedió a los encantamientos y las insistencias de José Manuel Lara, o sus emisarios a Valladolid. Luego volvió conmigo a pesar del gran éxito. Acaso por amistad hacia mí. Y bien que me vino, porque la edición de sus obras representaba el veinticinco por ciento de nuestras ventas. Tal era su éxito.

Habla otra vez Rabal:

—En el 83 la llevó al cine Mario Camus, y Alfredo Landa en *Paco el Bajo* y yo en *Azarías* la protagonizamos y logramos el premio de interpretación en el Festival de Canes en el 84. Ese mismo año, en abril, se había estrenado en Madrid. El rodaje se hizo en Alburquerque en Badajoz.

Sigue Miguel:

—Hay una anécdota curiosa que me ocurrió durante la filmación. Estaba yo comiendo en un restaurante cercano al lugar donde se rodaba, y al parecer Alfredo Landa quería saludarme. El director lo envió y se me presentó caracterizado de Paco el Bajo y me dijo: “Señor Delibes, Paco el Bajo”. Cuando yo escribía, a mis personajes, a casi todos, les ponía cara, pero no había ocurrido tal cosa con Paco el Bajo hasta ese momento. Se lo dije y eso le agradó mucho. Fue una gran película, una gran dirección y una gran interpretación, no sólo de Rabal y Landa, sino también de Juan Diego, Terele Pávez, Agustín González, Mari Carrillo, Manuel Zarzo, Ágata Lys y los demás. Lo único que me pareció un poco fuerte fue la escena del ahorcamiento, demasiado realista tal vez, aunque yo la había escrito de forma semejante.

Es Vergés quien prosigue:

—Empezaron a lloverle premios a Miguel, que él aceptaba agradecido aunque no siempre asistió a las entregas: no le gustaba mucho el protagonismo ni trasladarse lejos de Valladolid ni tampoco los actos multitudinarios en que tuviera que hablar. Seguía siendo algo introvertido. En el 82, le dieron el Príncipe de Asturias de las Letras junto a Torrente Ballester.

La figura de éste se ilumina y dice:

—Fui yo el que dio las gracias por los dos. Miguel me cedió el honor y le felicité también como compañero de la Academia. Él acababa de publicar dos libros ese año muy curiosos *El Otro Futbol* y *Tres Pájaros de Cuenta*, éste para niños.

Continúa Vergés:

—En el 83 es investido doctor honoris causa por la universidad de Valladolid, junto al historiador Bartolomé Bennassar. Y en otoño le publicamos la novela *Cartas de Amor de un Sexagenario Voluptuoso*. Son cuarenta y dos cartas que un jubilado soltero y sesentón, Eugenio Sanz Vecilla, escribe a una viuda sevillana de cincuenta y seis años, Rocío, la cual ha solicitado correspondencia en una revista que Eugenio vio en la consulta de un médico. En el redactor de las cartas se descubre alguien un poco ruin e impertinente, un tanto vanidoso y un mucho viejo verde. No le quiso dar este apelativo último en el título, aunque le rondó la idea, porque resultaba menos respetuoso y poco acorde a la manera de ser del personaje.

Miguel le releva:

—Algún crítico llegó a decir que era un alter ego mío por coincidencias biográficas e incluso físicas. La edad, la profesión de periodista ya jubilado, los paseos cotidianos, llegar tarde a la TV por romperse una pierna y no tener movimiento por un tiempo, la utilización de la gorra de visera o la sensibilidad a los cambios térmicos. Todo eso era mío, el resto no. Pasó como con Menchu de *Cinco Horas con Mario* y mi esposa Ángeles. Allí terminaba el parecido. En todo caso ésta, a la que se refiere Vergés, fue mi primera y única novela de amor o de erotismo. Yo no abundé en escribir escenas de sexo, pues creo que éste es para practicarlo, no para descubrirlo. Tal vez sea algo mojigato, aunque desde luego un tiempo atrás la censura no me lo hubiera permitido, pero en todo caso no tuve madera de voyeur y me reprimía; no era un escritor pornográfico ni siquiera erótico. El sexo juega en mis novelas el papel que le corresponde.

Sigue Vergés:

—En 1984 recibe Miguel el premio de las Letras de Castilla y León, recién instituido. En su primera convocatoria se lo dan por ser “el más distinguido y característico escritor de nuestro ámbito”. Le es entregado el 7 de junio del 85 y presiden el acto el ministro de Cultura Javier Solana y el presidente de la Junta Demetrio Madrid. También en ese año le dan el premio de la asociación catalana Vida Sana por su fomento de la cultura biológica. Y, en noviembre, el de los librereros españoles con el Libro de Oro 1984. Luego, en 1985, el Ramón Godó Lallana por el artículo *Juventud y Novela*, en cuya recepción dice que hay que premiar más a jóvenes que a consagrados, como procuraba él con el Nadal de sus comienzos. Pero le contestan que en aquella época escribían los de veintipocos años más que nadie, y en la presente no llegaban al diez por ciento. Las causas eran la automatización y el apremio. La primera había limitado mucho el buen uso del lenguaje escrito, y la prisa había cambiado la escritura por otros métodos más inmediatos y directos de comunicación. Pero, siguiendo con sus galardones, en ese año de 1985 es nombrado por el ministro de Cultura francés chevalier de l’Ordre des Arts et des Lettres de la República Francesa. Viajó por entonces a Italia y luego a Yugoslavia. Con este motivo escribió el libro *He Dicho*, en el que predice con acierto que la unidad yugoslava, muerto Tito, duraría mientras perviviera el culto a su memoria. Y en octubre de ese 1985 publica otra novela: *El Tesoro*. Es un texto breve en el que se relata con gran fidelidad algo sucedido en verdad a su hijo Germán, catedrático de prehistoria en la Universidad de Valladolid, y a un grupo de arqueólogos. A él se la dedica. Encuentran un objeto valioso del que los lugareños no quieren ser desposeídos. La ley del más fuerte se impondrá al final.

Habla Delibes:

—No tuvo, acaso por su carácter, gran éxito de crítica ni de lectores. No lo consideraron malo algunos, pero tampoco digno de mí, un escritor muy conocido y leído en esa época. Se me acusó de que en esta ocasión había menospreciado a la aldea y alabado a la corte. Pero era tenerme por maniqueo, pues nunca elevé a ninguna de las dos sobre la otra. Y hay algo curioso al margen de todo eso. Por entonces de nuevo me tienta un emisario de Lara con su Planeta y me ofrece una cantidad millonaria por la siguiente novela que escriba, la que sea. Como argüí que acaso no escribiera otra, me dijo que era igual y que me quedara de todas formas con los millones. Rechacé el trato y sugerí un libro de artículos. Al poco, me visitó el hijo de Lara y me ofreció una abultada cifra por los reportajes y otra, más aún, por la novela que pudiera escribir. Tras muchos regateos doblaron las cifras, pero yo seguí terne y dije que, si escribía otra novela, hablaríamos. Fue entonces cuando Lara compró Destino. Acaso no se fiaba de mí. O hubo otras causas.

Le releva Vergés:

—Hubo de todo, porque yo dejé la dirección en 1989. Pero no estamos aquí tratando de mi vida, sino de la de Miguel. Su novela *El Tesoro* fue llevada al cine en 1988 por Antonio Mercero, el mismo de *La Guerra de Papa*. Fue una cinta fallida que no tuvo éxito y fracasó también en la Semana del Cine de Valladolid, donde la patearon un grupo de provocadores que influyeron en su poca aceptación posterior, tan limitada que se retiró de la distribución y estreno en salas comerciales. Pero, siguiendo con la obra de Miguel, en 1985 todavía se edita un libro de ensayos y artículos *La Censura de Prensa en los Años Cuarenta (Y Otros Ensayos)*. Y la edición no la hace Destino, sino Ámbito, una empresa castellana dedicada al cultivo de obras de su esfera regional. Ya en 1986, Valladolid le nombra hijo predilecto. El acto de homenaje se realiza el seis de septiembre y se proyecta al tiempo la película basada en su novela *La Hoja Roja*. Antes de este día y ese mismo año recibe Miguel la Medalla de Oro de Radio Nacional. El 23 de abril, día del libro, fue elegido el más leído escritor en castellano; el segundo fue Cela, el tercero Cervantes y el cuarto García Márquez, como ya se apuntó antes. Esto le hizo ilusión por otorgárselo sus lectores en votación. El tercer homenaje vino del Ateneo de Valladolid, al nombrarle socio de honor, que con anterioridad había rechazado y ahora aceptó por tratarse de un acto sobrio y sin excesos gastronómicos...

Le interrumpe Miguel:

—Pero el caso es que a mí me gustaba la comida, era un buen gourmet; y sobre todo cuando lo hacía en la intimidad de algún restaurante con amigos a los que quisiera y con los que pudiese tener una larga sobremesa en que se hablara de lo divino y lo humano.

Continúa Vergés:

—En ese mismo año se publica *Castilla Habla*, que no es una novela ni un estudio científico, sino un lugar donde los propios protagonistas castellanos, los humildes vecinos de los pueblos y aldeas, expresan sus inquietudes y su realidad. También en ese año se estrena la película basada en su novela *El Disputado Voto del señor Cayo* dirigida por Antonio Giménez Rico y otra vez con Francisco Rabal interpretando al ochentón y pertinaz Cayo. Y, en 1987, fue recibido como doctor honoris causa por la Complutense. Asistió y habló sobre el periodismo y la literatura tan unidos en su vida y en su obra. Todavía en 1987, en octubre, ve la luz *377 A, Madera de Héroe*.

Habla Miguel:

—Fue en mi opinión la más ambiciosa que había escrito hasta entonces. Faltaba *El Hereje*. Y lo fue por su densidad, los personajes y su arquitectura. Volqué en ella mi experiencia de setentón y el tema es de los de más relieve y consistencia. Es la historia de un joven, Germán García de la Lastra, que se cree llamado para ser héroe por ciertos signos, y, frente a la cruel realidad de la guerra, se encuentra con que sólo eran manifestaciones de miedo. Es pues una novela sobre el miedo, disfrazado de retazos de heroísmo pero miedo en el fondo. La trabajé desde el 84 al 87, pero ya la venía gestando tiempo atrás. Me dieron por ella el premio Ciudad de Barcelona en 1988.

Prosigue Vergés:

—Y en ese año de 1988 aún recibe un nuevo premio foráneo: desde Burdeos le llega el Air Inter a la mejor novela extranjera por *Cinco Horas con Mario*. El jurado estaba compuesto por jóvenes entre dieciséis y dieciocho años.

—Lo que me complugo especialmente —interviene Delibes—, porque me devolvió un poco a mis raíces: mi abuelo paterno era bordelés, de esa región, y porque me lo otorgaba un jurado de jóvenes. Si no conectas con ellos, estás muerto. Quiero decir para la literatura, porque para el mundo lo estoy ya ahora.

Otra vez Vergés:

—En 1988, la editora Miñón de Valladolid, vinculada al Norte de Castilla, publicó un libro para niños de Miguel, *Mi Querida Bicicleta*, y ése fue el germen del que salió, en 1989, *Mi Vida al Aire Libre (Memorias Deportivas de un Hombre Sedentario)*, preludeo de otros dos *La Vida Sobre Ruedas*, que lanza Destino en 1992 y *Un Deporte de Caballeros*, en 1993, que

trataba de actividades deportivas que ejercitó el autor, como el tenis, la natación, los paseos, y la caza y la pesca. Antes, en 1988, también sobre asuntos cinegéticos, había visto la luz *La Caza de la Perdiz Roja en España* con fotografías de Francesc Catalá-Roca.

—Ya por esas fechas —continúa Miguel—, se estrenó la versión teatral de *Las Guerras de Nuestros Antepasados* y unos meses después se repuso, en el Príncipe-Gran Vía, *Cinco Horas con Mario*. Por entonces se me frustró una semblanza biográfica que quería escribir sobre Francisco Rabal. Él ha recordado antes nuestro encuentro en Águilas con su esposa Asunción Balaguer. Allí, durante tres días, me contó su vida, y a mi regreso me encuentro con el libro que Manuel Hidalgo había publicado sobre el actor. Era más o menos lo mismo; me había chafado la idea y la había plasmado muy bien. La mía ya no tenía sentido y lo dejé. En todo caso, traté su figura en un par de artículos. En uno de ellos: *La Mirada del Actor* me ocupaba de sus intervenciones en *Los Santos Inocentes* y *El Disputado Voto del señor Cayo*.

Vergés otra vez:

—En 1988 todavía viaja Miguel a San Sebastián para quitar hierro a una entrevista publicada en ABC sobre ETA. Para dar a entender que no tenía nada contra los vascos y que eran el resto de los españoles los que se apartaban de ellos. Allí pronuncio una conferencia.

Una figura destella en lo alto y se expresa así:

—Soy José Luis López Aranguren, filósofo, escritor y profesor. Ese mismo año y tras su viaje, cené, después de una conferencia en la Casa de la Cultura, con Miguel y otros doce más en el restaurante La Cueva de Valladolid, y allí me conto él los detalles de su escapada a San Sebastián. Y además discutimos, entre la jovialidad y la alegría de las libaciones, sobre quien de los dos era más veloz al volante. Yo dije que unos días atrás, llevando a mi hija pequeña al colegio, la niña se puso a llorar de pánico. Y él, sardónicamente, me preguntó que si no sería por lo mal que conducía y porque iba a llegar tarde a causa de mi lentitud. Le rebatí y alguien propuso una carrera entre ambos. Otro aseguró que sería una exclusiva periodística de millones, tanto como la chica que había cruzado desnuda el césped de un campo en Inglaterra. Como pregunté por el hecho, Delibes inquirió si no lo había visto en TV. Entonces, me dirigí a mi hija Pilar, que me acompañaba, y le dije: “ves lo que nos perdemos por no tener TV”

—Hubo muchas cenas como aquella —rememora Miguel—. A mí me gustaba mucho tener encuentros con amigos. Pensaba que a lo mejor pronto dejaba de verlos porque se murieran, o lo hiciera yo. Seguía con la misma fijación y el temor a la muerte ajena más que a la mía.

Ahora es Vergés quien habla:

—Tras cumplir setenta años, continuó haciendo la misma vida que antes, aunque él había previsto poner un tope para muchas actividades como la caza. No lo cumplió y dijo que seguiría y lo haría “en tanto el cuerpo aguante”. Lo mismo había pensado respecto a la actividad literaria. Y otra fórmula, la de la media ración, por la que había trocado el límite impuesto, la media ración de tabaco, comida y bebida, caza y otras actividades, la amplía a la tarea de escribir. Aseguraba que *Madera de Héroe* había sido su última novela, pero no fue así; faltaba una de las mejores: *El Hereje*. Lo que sí hizo fue reducir sus viajes, conferencias y aceptación de distinciones, galardones y reconocimientos al mínimo. Y estos últimos si no eran lejos. Fue a Burgos, Santiago de Compostela, Pamplona y Barcelona en coche y, como siempre, conduciendo como un loco. Y también viajó, como excepción a las cortas distancias, a Saarbrücke en Alemania para ser investido doctor honoris causa por la Universidad de El Sarre. El único español en ese país después de Ortega en Múnich. En septiembre de 1990 publica *Pegar la Hebra* y allí recoge parte de su discurso en Alemania, del de su ingreso en la Real Academia y del que pronunció con ocasión del doctorado en la Complutense. En ese año de 1990 se estrena la película basada en su primera novela *La Sombra del Ciprés es Alargada*, dirigida por el mexicano Luis Alcoriza.

—De la que me desentendí —dice Miguel —por desacuerdos con el director, y también guionista, Alcoriza, especialmente con el texto. Ramón García tampoco estaba de acuerdo. Quise explicárselo en persona a Alcoriza, pero él no quiso verse conmigo, porque, según un secretario, estaba trabajando. La película resultó extraña a la novela y a su espíritu, y a mi mundo allí plasmado. Era falsa y no tuvo éxito. Yo lo sentí más que nada por Emilio Gutiérrez Caba y Fiorella Faltoyano, que tuvieron buenas actuaciones. No asistí a su estreno en Madrid para dejar patente mi disconformidad con la cinta y el tratamiento que se dio en ella a mi novela. En ese mismo año tampoco acepté una oferta de TVE para publicar como libro lo que había dicho ante las cámaras. Sacadas de contexto las palabras pueden tener otro significado, alegué, y no hubo libro. Sí lo hubo anteriormente de Cela y Torrente.

—Pero —sigue Vergés —continúa recibiendo galardones que no voy a enumerar ya por ser demasiados. Sí desde luego lo haré del Premio Nacional de las Letras Españolas, que recibió el 29 de mayo de 1991.

—Ni siquiera sabía que estaba nominado —asegura el escritor—. Fue una sorpresa grata la que tuve cuando me llamó por teléfono el ministro de Cultura Jordi Solé Tura. Desde Argentina lo hizo Pepe Sacristán, que estaba dando vida a Pacífico Pérez en la adaptación al teatro de *Las Guerras de Nuestros Antepasados*.

—Y en el 91 también —prosigue Vergés —aparece su novela *Señora de Rojo Sobre Fondo Gris*, título sacado de un cuadro pintado por Eduardo García Benito, que es un retrato de Ángeles vestida de rojo con un fondo neutro grisáceo. Era el homenaje que Miguel debía a su esposa desde muchos años antes.

—Casi todo lo que cuento en la novela —interviene Delibes —fue lo que sucedió en mi vida con ella. Está alterada la cronología, el que en la ficción ella sea la esposa de un pintor y no un escritor y algunos hechos puntuales, para darle una estructura más novelesca, más narrativa. Podría recordar a *Cinco Horas con Mario* con el esposo vivo y la mujer muerta, pero el contenido no se asemeja en nada y el lenguaje es directo, escueto y nada coloquial.

—Ya en septiembre de 1992 —sigue Vergés—, se edita otro libro cinegético *El Último Coto*, en que narra sus cacerías del 86 al 91; y el título viene de que considera que la perdiz silvestre está cada día más recia y él, el cazador, deslizándose progresivamente por el tobogán, y ni sus piernas ni sus reflejos son los de antaño. Por esa época parece despedirse ya del Nobel —aún sigue soñando con el Cervantes —que aseguró había pasado una vez cerca de su ventana y le dijo adiós.

—Al contrario que el cartero, nunca llama dos veces —dice el propio Miguel—. Se me propuso por diversas entidades en varias ocasiones. Una vez lo acaricié y voló para siempre. Pero no ocurrió lo mismo con el nobel español; el Cervantes me lo dieron el 1 de diciembre del 93, a los cuarenta y seis años del Nadal, el que más tengo que agradecer porque me hizo escritor. Luego, la Diputación Provincial de Valladolid me concedió la medalla de oro y, en octubre, me dieron la Espiga de Oro especial en la Semana Internacional del Cine de Valladolid.

—Pero el Cervantes —vuelve a hablar Vergés —se lo otorgan entre treinta y ocho candidatos. Estaban también Cela, Vargas Llosa, Rosa Chacel, Cabrera Infante, Goytisolo, Laín Entralgo, Julián Marías, Umbral... Era la decimonovena convocatoria y la ministra de Cultura Carmen Alborch llamó a Miguel para decírselo. Rosa Chacel, nonagenaria, se duele porque ya nunca lo podrá recibir, pero llama a Miguel para felicitarle.

Habla Cela otra vez:

—Yo, sin embargo, estimé y así se lo dije, que Miguel lo merecía —lo valiente no quita lo cortés—, aunque a mí, como a la Chacel, nos lo negaran año tras año. Más tarde, en el 95, lo recibí.

—Y a mí me lo entregó —dice Miguel—, en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, el rey, y antes me dio un abrazo. Hubo

discursos y toda la parafernalia al uso. Habló el rey y se entonó el *Gaudeamus Igitur*. Siguió un coctel y la tuna regaló una capa a la reina, y, el rey y yo, cantamos el *Clavelitos*. Fue un acto entrañable y muy emotivo. Luego me fui a recogerme a mi refugio burgalés.

Es Vergés quien toma el relevo:

—En 1995 se publica el *Diario de un Jubilado*, al que ya aludí antes y que es la tercera parte de las aventuras de Lorenzo.

—Sí —interrumpe Cela—, pero antes, en el 94 y en diciembre, me dieron el Planeta y, al preguntarle a Delibes, dijo que no le parecía justo y que los premios deberían ser para descubrir valores, no para vender más libros de un escritor ya conocido. Dijo también que, más de una vez, Lara se lo ofreció a él y lo rechazó. Aquello fue un escándalo y, aunque coincidió con el estreno en París de la adaptación teatral de *Las Guerras de Nuestros Antepasados*, su afirmación dio más títulos a la prensa.

—Pero dije —interviene Miguel —que me extrañaba que las personalidades del jurado se avinieran al engaño.

Interviene Lara:

—Y yo le contesté que nunca le ofrecí ganar, aunque sí participar. Y que de hecho se presentó con *Mi Idolatrado Hijo Sisí* y no ganó. No obstante, siempre deseé que publicara con nosotros y lo logré con *Los Santos Inocentes*.

—Pero me presenté al Planeta con seudónimo —dice Miguel—. Y entonces casi empezaba y el importe del premio me habría venido bien, también como promoción. Hasta me devolvieron la novela enviada con otro nombre que no era el mío. Varias veces vino el señor Lara a Valladolid a ofrecerme el premio cuando ya era famoso, porque decía que todos saldríamos beneficiados: él, yo y el premio. Sólo se perjudicarían, añadía yo, el novelista, hombre o mujer, que quizá lo mereciera más y que había pasado años escribiendo. Es un premio que, está demostrado, sólo ganan los consagrados y ése es un hecho innegable.

—Lo cierto es —subraya Vergés —que con Planeta, y como tenía concertado, publicó, en octubre del 94, su libro *Los Niños*, recopilación de páginas ya escritas por él sobre el mundo maravilloso y dramático de la niñez. Y, en el 95, como ya dije, el *Diario de un Jubilado*. Aunque él no lo hubiera hecho, si jubiló a Lorenzo. Fue premiada la novela por los lectores de la revista *Elle*. Un mes antes había recibido otro premio, éste de la Unicef, por una obra literaria volcada en la infancia. Ruiz Jiménez, que habló en el acto de la entrega, recordó que Miguel había donado la mitad del importe

del premio Cervantes a esa institución; y en 1984 había hecho lo propio a Cáritas con la mitad del premio de las Letras de Castilla y León. Por esta época, en el 95, firmó el Manifiesto en Defensa de la Democracia, contra la corrupción creciente y sobre todo contra la actuación gubernativa en el caso de los GAL. Tusell, Bardem, Nieva, Rosa Montero, Vázquez Montalbán, Valverde y Sádaba, entre otros, también lo hicieron, aunque hubo algunos notables y temerosos que no quisieron firmar. No deseaban enfrentarse al poder y sobre todo a Felipe González. Miguel hizo con ello alarde de su independencia de criterio. Pero antes, en noviembre del 93, tuvo un problema con Hacienda por cesiones de créditos del Banco Santander, al igual que muchos otros: unos ochocientos. Se vio sorprendido. Eran ahorros que guardaba para sus hijos.

—Fue el propio Banco el que me aconsejó la operación —dice Miguel—, y el dinero, que yo no pensaba que fuera negro, lo destinaba a las bodas de mis hijos. Asumí mi posible responsabilidad y pagué la sanción.

—En el 96 —interviene Vergés—, es nombrado doctor honoris causa por la universidad de Alcalá, y sale a la luz su libro misceláneo *He Dicho*. En el 97, la Asociación de la Prensa de Valladolid crea el premio Miguel Delibes. Sin embargo, es el 98 un año crucial en la vida de Miguel: ve la luz su última novela *El Hereje* y le detectan un cáncer de colon.

—*El Hereje* —habla Delibes —fue una obra diferente y difícil. Sobre todo a mis años, y además porque por primera vez escribí una novela histórica y hube de documentarme a fondo. Yo no me encontraba a gusto con personajes reales como el doctor Cazalla, que me encorsetaba con sus vivencias históricas. Prefería los inventados como Cipriano Salcedo, al que podía manejar más a mi antojo aunque tuviera que insertarlo en los sucesos reales. La idea me nació en la tertulia de los sábados en el hotel Felipe IV. Un contertulio, el catedrático de penal Ángel Torío, me dio unas fotocopias de *Los Heterodoxos Españoles* de Menéndez Pelayo, con el proceso inquisitorial contra el doctor Cazalla y el grupo luterano de Valladolid. Lo leí, me interesó, rebusqué más datos en libros de Bennassar, Ignacio Tellechea y otros y decidí escribir la novela. Mi hijo Germán y un amigo suyo catedrático de Historia fueron mis asesores. Me volqué en ella y en el 98 vio la luz y ganó, en el 99, el Premio Nacional de Narrativa. Algunos dijeron que era mi mejor novela, otros se decantaban por *Los Santos Inocentes*. Yo siempre preferí la del Nadal, no porque fuera mejor, que no lo era, sino más bien mediana, sino porque me abrió las puertas de la literatura.

—Todavía en el año 97 —dice Vergés—, se estrena la película de Giménez Rico sobre *Las Ratas* y Francesc Betriú proyecta llevar al cine el *Diario de un Jubilado* con el título *Una Pareja Perfecta*. Para la TV escribe Miguel un guión piloto sobre los campaneros, en una serie sobre oficios casi

extinguidos. Pero no se llegó a emitir y quedó todo en intento por cambios en el equipo directivo de la TVE. Con el proyecto de la película de Betriú le pasó como con *La Sombra del Ciprés es Alargada*. No se puso de acuerdo con el director y, aunque la vio, renegó de ella y la olvidó. Entonces se encontraba al tiempo deprimido porque le habían descubierto el cáncer de colon. En el 98 le dieron la Medalla al Trabajo, de la que frecuentemente se dice que se la otorgan a los que van a morir. Pero no fue así. Aún le quedaban varios años de vida. Y de premios, que seguían lloviéndole y que ya ni se pueden enumerar. Y todavía, aunque ya no escribía casi nada nuevo, se siguen publicando cosas suyas. En el 2002 por ejemplo salió a la luz la correspondencia que sostuvo conmigo desde 1948 hasta 1986. Yo había fallecido un año antes.

—Con gran dolor por mi parte —asegura Miguel —, pues más que mi editor fuiste mi amigo durante tantos años; y ahora estás siendo el cronista o el juglar de mi vida y mi obra. Pocos como tú la conocen; otro es mi amigo y biógrafo Ramón García Domínguez, quien publicó en 2005 un libro sobre mi vida y obra titulado *El Quiosco de los Helados*. No dudo que la continuará ahora hasta mi muerte.

Sigue Vergés:

—Sin duda lo hará. Pero, siguiendo mi cronología, puedo decir que a él, a Ramón, le descubriste tu dolencia al tiempo que a tus hijos. Y le dijiste que te iba a operar, el día 20 de mayo de 1998 en la clínica La Luz de Madrid, el doctor Moreno. Así sucedió y saliste en principio bien de la operación y muy animado, preguntando por el resultado de la copa de Europa que ganó el Real Madrid, y pidiendo que te llevaran las pruebas de imprenta de *El Hereje*. El 3 de junio volviste a Valladolid; pero el 5 de noviembre hubiste de regresar al quirófano para revisar a fondo el resultado de la otra intervención. Te eliminaron trozos inútiles de intestino y el 5 de diciembre te hicieron la tercera operación para quitar el drenaje y restablecer los procesos de evacuación intestinal. Pero ya hubo complicaciones, infecciones, sondajes, avances y retrocesos. El 13 regresaste a Valladolid y al siguiente debiste volver a Madrid. Había infección interna y hubiste de quedarte en la clínica hasta el 14 de enero del 99. Mientras tanto, se producía el éxito total de *El Hereje*: libro del año, mesa redonda en la universidad de Valladolid, venta sin precedentes en tus otras obras, estimación de la crítica casi unánime. Se elogió tu canto a la libertad y a la verdad, se la calificó de novela rotunda y tu más ambiciosa creación.

—Así lo estimé yo —anota Miguel—. Me costó tres años y fue mi novela más madura y compleja. Quería explicar cómo se podía llegar a Dios por caminos distintos. Y así parece ser aquí, según me ha dicho mi pariente Leo. Es una búsqueda de la verdad por parte del protagonista, Cipriano Salcedo,

aun a costa de la vida y el sacrificio en la hoguera. Yo personalmente fui católico, pero dudaba muchas veces y me torturaban mis dudas. No sé si en aquella época hubiera sido erasmista, no tengo madera de héroe. En mi vida, tal vez, sí tuve esas simpatías. A un periodista alemán le dije que me había convertido al luteranismo, más o menos; no sé si fue para contentarle. Los periodistas españoles me dieron el premio “Unamuno, amigo de los protestantes”

—Y la novela —sigue Vergés— era una crónica detallada de la vida en el Valladolid de la época. Cierto que el habla fue algo en lo que no estuvo demasiado preciso, acaso para hacerla más comprensiva y acomodada a la actual. En lo demás: lo geográfico, lo costumbrista, la historia fue bastante rigurosa, con algunas licencias literarias, pero consiguió una novela redonda que tuvo varios premios, además del Nacional de Narrativa por segunda vez, tras el *Diario de un Cazador*. Entonces se llamaba Nacional de Literatura. Y no fue el último premio.

—No lo fue —dice Delibes—. Mi vida, aunque ya con poca calidad, me la alargaron unos años más, pero el mundo me siguió premiando como si estuviera en plenitud de facultades. Así y todo, ya no escribí más. Y, a pesar de ello, me dieron la Medalla de Oro en Castilla y León y Cantabria. Y el premio Vocento a los Valores Humanos, que recogió mi hijo de manos del rey, quien más tarde, acompañado de la reina, me visitó en mi domicilio de Valladolid.

Vuelve a hablar Vergés:

—Después de cumplir los ochenta años, el diecisiete de octubre del 2000, su vida, que yo conocí desde aquí, se retrajo un tanto, aumentó su pesimismo y no escribió ni concedió entrevistas. Estaba lleno de dolores y no acababa de acostumbrarse su cuerpo a las funciones vitales. Su calidad de vida descendió un tanto y sólo la compañía de sus hijos y nietos le servía de lenitivo. Sí iba a Sedano en verano, como siempre. Y también se atrevió a ir, en Valladolid, durante un corto momento, a la lectura pública de *El Hereje* en la feria del libro del 2000. Todavía en el 2001 se le propuso para el Nobel por muchas entidades. Pero lo ganó un oriundo de Trinidad, de origen indio y que escribía en inglés, casi desconocido: Naipaul. Miguel no pudo acudir a la boda del príncipe Felipe, a la que estaba invitado, y se disculpó ante el rey. En la universidad de Nueva York se creó la cátedra de Miguel Delibes y en Canarias fue nombrado ese año doctor honoris causa por la Universidad de La Laguna. Lo mismo pasó en Salamanca en el 2008. No pudo ir a ninguno de los actos, ni a recoger el premio Quijote en el 2007, ni a Moscú, antes en el 2004, en el homenaje del Instituto Cervantes. Se había retirado de la vida activa literaria definitivamente.

—Sin embargo, en 2005 —dice Delibes—, publiqué con mi hijo Miguel el libro *La Tierra Herida: ¿Qué Mundo Heredarán Nuestros Hijos?* Era un dialogo entre los dos acerca de los problemas medio ambientales. Eso si fue lo último que se publicó de mí, aunque en colaboración con mi hijo y él tuvo el mayor trabajo. De hecho yo había muerto el 21 de mayo de 1998 en la mesa de operaciones. El resto fue como un sueño, como una prórroga, como una transición hasta llegar aquí, donde me encuentro ahora esperando un veredicto sobre mi destino final...

.....

El silencio cae sobre el semicírculo entablado, al tiempo que la luz indefinible se atenúa y ahora brilla otra diferente, más discreta, menos envolvente, como la que pudo percibir Miguel a su llegada. Leo sigue a su lado, expectante como él, acaso algo nervioso como lo está a la manera espiritual Delibes; es mucho, todo, lo que se juega. El tribunal de Dios se ha disuelto, o tal parece, y su alma, la de Miguel, está a la espera del fallo divino.

En un instante - ¿qué es un instante en aquel tiempo indefinido, inexistente, pura eternidad?- retorna la luz intensa a bañar el recinto. Todas las figuras que hablaron se iluminan a un tiempo, se hacen visibles en sus estrados. Jesús vuelve a ocupar la presidencia, se siente la presencia luminosa del Espíritu Santo y todos están en un silencio total, absoluto, sideral.

De pronto, el aire se estremece, el silencio si cabe se hace más denso, preparado para escuchar la decisión. Dios, omnipresente y omnisciente, va a hablar, va a pronunciar el veredicto acerca del destino final y eterno que le aguarda a Miguel Delibes Setién...

